



***HISTORIAS CRUZADAS: DIÁLOGOS
HISPANO-ATLÁNTICOS***

Nº 1 - ISSN 2718-6512
2020

DIÁLOGO I:

JAUME AURELL



FUNDACIÓN
PARA LA HISTORIA
DE ESPAÑA



FUNDACIÓN
PARA LA HISTORIA
DE ESPAÑA

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE

Mariana Zapatero

VICEPRESIDENTE

Gerardo Rodríguez

SECRETARIA

Gisela Coronado Schwindt

PROSECRETARIA

Juliana Rodríguez

TESORERA

María Cecilia Bahr

PROTESORERA

María Fernanda López Goldaracena

HISTORIAS CRUZADAS: DIÁLOGOS HISPANO- ATLÁNTICOS

ISSN 2718-6512

Coordinación

María Fernanda López Goldaracena

Edición

Gisela Coronado Schwindt



FUNDACIÓN
PARA LA HISTORIA
DE ESPAÑA



ÍNDICE

| | |
|--|----|
| <i>PRESENTACIÓN</i> | 2 |
| <i>DIÁLOGO I: JAUME AURELL</i> | 4 |
| <i>I. LA HISTORIA MEDIEVAL EN EL SIGLO XXI</i> | 7 |
| <i>II. ENTRE LA TEORÍA DE LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA DE LA ESCRITURA</i> | 16 |
| <i>III. AUTOBIOGRAFÍA INTELLECTUAL, HISTORIA Y LITERATURA</i> | 28 |
| <i>IV. EL ROL DEL HISTORIADOR EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO</i> | 38 |
| <i>V. BIBLIOGRAFÍA JAUME AURELL</i> | 43 |
| <i>VI. BIBLIOGRAFÍA GENERAL</i> | 52 |

PRESENTACIÓN

Historias Cruzadas: Diálogos Hispano - Atlánticos constituyen una serie de conversaciones mantenidas con distinguidos historiadores e historiadoras sobre el oficio de historiar, las experiencias vitales que han marcado su quehacer profesional, sus principales referentes, itinerarios, obra y legado de cara al futuro.

Las últimas décadas del siglo XX y las primeras de la nueva centuria han visibilizado la labor académica de quienes han puesto la historia en palabras, a partir de textos y publicaciones sumamente reveladores, en tanto dichos escritos ofrecen una mirada que vincula oficio, profesión, rigor científico y pasión por la vida.

De esta forma, el giro verificado ha hecho visible que el conocimiento de lo experiencial, de las perspectivas teóricas e historiográficas, de las elecciones profesionales y académicas, y de las preferencias personales es sumamente importante para una comprensión más acabada del corpus textual producido por nuestros historiadores e historiadoras en un momento y espacio determinados.

Considerando estas *Historias Cruzadas: Diálogos Hispano – Atlánticos* como aportes significativos en tal sentido, presentamos a continuación el diálogo mantenido con el Dr. Jaume Aurell, en el marco de su visita a la República Argentina celebrada durante la primera semana de diciembre del año 2019 bajo el auspicio de la Fundación para la Historia de España, en la cual tuvimos la ocasión de contar con su presencia y disertaciones en diversos ámbitos académicos, tales como

la Biblioteca Nacional, la Universidad Católica Argentina (CABA) y la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Fruto de ese encuentro y a partir de la iniciativa de tratar cuestiones asociadas a los tópicos fundamentales abordados por el Dr. Aurell, tales como el medievalismo en el siglo XXI, teoría y práctica de la historia, autobiografía intelectual y el rol del historiador en el mundo actual, hemos mantenido esta conversación que inicia la *Serie Monográfica* y que auguramos será de beneplácito para los lectores ávidos de profundidad y conocimiento por estas temáticas.

Es por eso que, en primer término, la Fundación para la Historia de España quiere brindar su agradecimiento al Dr. Jaume Aurell tanto por su cordialidad como por el tiempo dispuesto para la realización y revisión de este **Diálogo Hispano – Atlántico**, haciéndolo extensivo a Paola Bernal Hirata, estudiante de Historia y Periodismo de la Universidad de Navarra, por los aportes efectuados.

En segundo y último lugar, quiero particularizar y plasmar mi agradecimiento personal al Dr. Aurell, no solo por haber aceptado esta propuesta sino por haber sido absolutamente receptivo a las preguntas formuladas, ampliando de forma erudita, académica y por demás generosa cada una de sus intervenciones, transformando el diálogo en un ida y vuelta, no solo en ideas, sino fundamentalmente (y parafraseando la anécdota que Marc Bloch rescata en su *Introducción a la Historia* (1982:38) y que tiene a Henri Pirenne como protagonista), en una apelación a la vida.

María Fernanda López Goldaracena

DIÁLOGO I:

JAUME AURELL



Jaume Aurell, conocido por muchos por su apelativo “Santi”, nació en Barcelona, el 29 de julio de 1964. Su padre, químico, proviene de una familia de industriales textiles catalanes. Su madre es escritora y política. Son cinco hermanos, uno de ellos, Martí, es también catedrático de historia medieval en la universidad de Poitiers (Francia). Estudió historia medieval entre la Universidad de Barcelona y la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona (1982-1987). Realizó la tesis doctoral durante los años 1987 y 1995, sobre la cultura de los mercaderes de la Barcelona del siglo XV. Está basada en miles de documentos notariales específicamente

mercantiles, especialmente inventarios, testamentos y capítulos matrimoniales. Fue profesor del departamento de historia medieval de la Universidad de Barcelona hasta que se trasladó a la universidad de Navarra el año 1998, donde ha permanecido hasta la actualidad.

En la Universidad de Navarra ha combinado la docencia en los tres campos que ha dedicado a la investigación: historia medieval, historiografía contemporánea e historia de Occidente. Es director del Instituto Empresa y Humanismo¹ que se dedica a promover un fructífero diálogo entre humanistas, empresarios y políticos para reforzar la sociedad civil. Dirige también el grado en PPE (Politics, Philosophy, Economics) y es miembro del grupo de investigación “Religión y Sociedad Civil” del Instituto Cultura y Sociedad de la Universidad de Navarra².

Su itinerario de investigación tiene tres grandes períodos. El primero, entorno a la cultura mercantil bajomedieval (1987-1998), en el que destaca el libro que publicó conjuntamente con el filósofo Alfons Puigarnau: *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV* (1998). El segundo, entorno a la historiografía medieval (1998-2012), en el que destaca *Authoring the Past. History, Autobiography and Politics in Medieval Catalonia* (2012). El tercero, entorno a la teología política y los ritos y ceremonias de ascensión real (2012-2020), en el que destaca *Medieval Self-Coronations. The History and Symbolism of a Ritual* (2020). Durante todo este tiempo ha publicado también extensamente sobre historiografía contemporánea, campo en el que son bien conocidos sus libros *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (2013) (junto a Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza), *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies* (2016) y *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos* (2017).

¹ <https://www.unav.edu/web/instituto-empresa-y-humanismo>

² <https://www.unav.edu/web/instituto-cultura-y-sociedad/religion-y-sociedad-civil>

Es miembro del Comité Editorial y activo promotor de la revista *Rethinking History. The Journal of Theory and Practice*, y embajador de la Asociación INTH (International Network Theory of History) en España.

Su ferviente europeísmo le llevó a la publicación de *Genealogía de Occidente* (2017), en el que sostiene la conveniencia de que Occidente recupere sus raíces y las actualice en el complejo debate actual, reconociendo sus errores pero asentándose también en sus enormes aciertos. Sus vínculos con América son muy estrechos, como lo demuestran sus estancias de investigación en las universidades de Berkeley, UCLA y Stanford, y su docencia en la Universidad Católica de Chile, la Universidad Adolfo Ibáñez de Chile, la Universidad Autónoma de México y su estrecha relación con la Fundación para la Historia de España en Argentina (FHE). Estos contactos le han permitido complementar la tradición europea con las pujantes historiografías latinoamericanas.

A lo largo de su carrera, ha intentado combinar siempre proyectos relacionados con la teoría y con la práctica. Actualmente, sus intereses temáticos se dirigen a la exploración del *carisma* de los reyes medievales, especialmente los del siglo XIV, utilizando como base la metodología de la teología política, y una aproximación interdisciplinar del concepto del carisma. En el campo teórico, ha iniciado un análisis sobre el concepto de lo *clásico* en la historiografía, que le llevará también a explorar los conceptos vecinos del *canon* y los *géneros históricos*.

I. LA HISTORIA MEDIEVAL EN EL SIGLO XXI

Estimado Profesor Aurell: en varias oportunidades usted ha expresado la necesidad de postular un *nuevo medievalismo* que aporte novedades metodológicas, pero que no rompa radicalmente con la tradición anterior. En este sentido, ¿podría comentarnos qué innovaciones avizora en el horizonte y cuáles de las contribuciones producidas en el pasado pueden influir en el futuro de la investigación sobre el Medioevo?

Es cierto que siempre he sido un defensor de un ponderado equilibrio entre la tradición y la innovación. Me ha inspirado mucho el volumen de Thomas Kuhn *The Essential Tension* (1977) [*La tensión esencial*, 1982], al que vuelvo con frecuencia, porque postula que los grandes avances en la experimentación científica, genéricamente considerada, han procedido de quienes han preservado “tensión esencial” entre el respeto por la tradición y la audacia en la innovación. Por eso me parece que el medievalismo, que siempre ha tenido una gran capacidad de transformarse, debe buscar nuevos caminos, nuevas fórmulas, nuevas metodologías, nuevos formatos de transmitirse. Pero esto es perfectamente compatible con conservar lo mejor de su tradición, tan rica en su sólida apuesta por las fuentes primarias, en su continua exploración metodológica, en su exuberante variedad temática y en su apuesta narrativa.

En efecto, he postulado que el nuevo medievalismo que provino sobre todo del mundo angloamericano, conectado con las tendencias postmodernas que se divulgaron en la disciplina histórica a partir de los años 1980s, nos ha ayudado mucho a plantearnos cuestiones que conectan con el presente. Por tanto, ese equilibrio entre tradición e innovación, se proyecta también al otro gran balance que

el historiador debe cultivar: entre el pasado y el presente. Mi periódica lectura de las obras clásicas de la historiografía me ha llevado a observar que las obras más duraderas son las que han sido capaces, no sólo de aunar tradición e innovación, sino también de conseguir un ponderado equilibrio entre el pasado histórico y el pasado práctico, entre el aséptico arqueologismo y el apasionado presentismo, entre la actitud contemplativa del que se acerca al pasado como quien observa extasiado una gran obra de arte y la pragmática del profesional que analiza la porción de la realidad que precisa para transformar una situación en el presente.

Haber aportado una mirada diferente sobre el abordaje de lo medieval, dada su apertura hacia nuevas corrientes como el medievalismo norteamericano, ¿qué tipo de resistencias o cuestionamientos le han traído dentro de la comunidad académica?

Dentro de la evolución del medievalismo internacional, distingo la tradición continental europea (incluida en este caso Gran Bretaña) de la norteamericana, lo que obviamente es una transposición de la distinción entre una tradición continental y otra analítica aplicada a la filosofía. La continental está mucho más aferrada a la propia tradición heurística, documental (también porque en el continente, Gran Bretaña e Irlanda, tenemos el privilegio de disponer de las fuentes en nuestros archivos) y por tanto es de entrada reluctante a aceptar esas innovaciones. Esas tradiciones realizan un acercamiento al pasado más “arqueológico”, siguiendo la terminología de Nietzsche. En cambio, en Estados Unidos, para bien y para mal, se van al otro extremo y hacen una historia más presentista y más preocupada por el impacto que tienen los problemas de la sociedad contemporánea. Por tanto, desde una perspectiva europea, yo creo que nos conviene un poco abrirnos a las innovaciones del medievalismo norteamericano, al igual que a ellos les conviene tener muy presente un medievalismo más tradicional.

Esto abre la interesante puerta a la función del medievalismo hispanoamericano como “mediador” de estas dos tradiciones tan asentadas. En mis visitas por vuestros países siempre constato una pasión y una vibración por la historia que me cuesta encontrar en la fatigada (¡pero todavía vigorosa!) Europa. Creo que es un deber por parte de los historiadores latinoamericanos, y especialmente los medievalistas, iniciar una reflexión epistemológica en esta dirección. Por un lado, el no disponer de acceso directo a las fuentes primarias os equipara a Norteamérica, por lo que es posible que haya una tendencia innata al presentismo tal como se ha desarrollado ahí. Pero percibo en los países latinoamericanos una mayor conciencia de la *profundidad* de la historia, muy probablemente surgida de una más larga experiencia histórica, pero también fomentada por la misma evolución de las historiografías autóctonas, que siempre

fueron muy respetuosas con las tradiciones historiográficas europeas. Durante mi intensa experiencia de elaboración del ensayo *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (2013), elaborado junto a Peter Burke y los historiadores chilenos Catalina Balmaceda y Felipe Soza, me di cuenta de la potencial capacidad de la historiografía latinoamericana como puente entre la tradición europea y norteamericana, tanto por su propia personalidad como por la capacidad de ver esas otras dos tradiciones con una mayor perspectiva.

Respecto a las resistencias que he tenido personalmente, y que algunos de mis colegas más innovadores (o simplemente mejor informados de lo que pasa en otras tradiciones historiográficas como la norteamericana y la hispanoamericana) han tenido también, las encuentro naturales. Mi postura siempre ha sido que, sin perder el tesoro de la tradición historiográfica del medievalismo europeo, nos abramos también a las innovaciones transoceánicas. De ahí han venido las pequeñas reacciones contrarias a esa postura mía, que quizás ha surgido más por mi apertura (y entusiasmo) hacia la teoría, que por mi connivencia con otras tradiciones historiográficas.

Usted nos ha llamado a la observación acerca de cómo el historiador medieval descontextualiza el texto histórico mientras que el historiador contemporáneo trata de contextualizarlo. Sin embargo, las crónicas medievales utilizan toda la potencia del poder mitificador del pasado, con sus consiguientes usos políticos y públicos. Según su mirada, ¿cuál de los dos estaría más condicionado por su contexto, el historiador medieval o el contemporáneo?

Esta es una cuestión esencial, ya que no afecta sólo al medievalismo sino a la entera historiografía. Creo que una postura muy eficaz para nuestra tarea es partir de que ni lo que ahora hacemos es lo mejor porque es nuevo ni lo que antes se hizo es peor porque es viejo. En ese sentido nosotros debemos aprender mucho del lenguaje *descontextualizado* de los cronistas medievales, lleno de símbolos, de figuras (en el sentido en el que Erich Auerbach lo utilizó en su maravilloso *Mimesis* (1946) y de su lenguaje mitificado sin caer en lo mitológico, utilizando las leyendas como hay que utilizarlas. Recuerdo que cuando estaba trabajando en mi *Authoring the Past* (2012), me maravillaba de la trasposición de modelos entre cronistas y literatos. Unos aprendían mucho de los otros, sin una dirección unidireccional – porque los literatos utilizaban también los personajes históricos retratados por los cronistas para crear sus personajes heroicos, como sucede en el caso de las múltiples narraciones artúricas de la Inglaterra y Francia bajomedieval o en las narraciones catalanas del *Curial e Güelfa* o el *Tirant lo Blanc*, auténticos *best sellers*, cuyos modelos

eran tomados de personajes históricos bien reconocidos. Yo reflexiono frecuentemente sobre cuánto tenemos que aprender de ese respeto genuino que se tenían historiadores y literatos en ese período, y lo mucho que aprendían unos de otros para enriquecer sus relatos históricos y novelados respectivamente. La lectura serena y pausada del *Mimesis* (1946) de Erich Auerbach [*Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, 1950], *Anatomy of Criticism* (1957) [*Anatomía de la Crítica*, 1977] de Northrop Frye y del *Dialogic Imagination* (1981) [*Problemas literarios y estéticos*, 1986] de Mikhail Bakhtin me ayudaron (y me siguen ayudando) a comprender estos procesos de continuo intercambio entre los modelos literarios e historiográficos, sin que ninguno de los dos ámbitos tenga necesariamente que perder su propia condición.

Esta sensibilidad por cómo se ha escrito la historia desde la antigüedad – no sólo partiendo de la revolución historicista-científica de la Alemania decimonónica – nos permite también enriquecer nuestro utillaje historiográfico, sobre todo el que hace referencia al *modo* como transmitimos nuestras historias, y más específicamente al aspecto narrativo. La característica menos edificante de la historiografía contemporánea es que se ha vuelto demasiado científica y ha abusado de un lenguaje excesivamente auto-referencial, por lo que a veces es muy difícil de leer nuestros libros. Nos urge recuperar la empatía con la sociedad que existía en otras épocas, tanto por los contenidos de nuestras representaciones históricas como por las formas como las presentamos.

Y sobre el lenguaje narrativo, entonces ¿cree que sería mejor adecuar este discurso a dicho lenguaje o bien que se historiaba mejor en el pasado?

No, yo creo que cada historiografía debe hacer historia según el contexto en el que se halla. El correcto sentido del anacronismo no solo funciona para analizar el pasado, sino también para hacer una buena historia de la historiografía y para escribir bien la historia que cada momento se precisa. El historiador no es un científico que realiza asépticamente sus experimentos en un laboratorio necesariamente aislado (¡ya que teme contaminar el ambiente con las bacterias con las que experimenta!) sino un artista comprometido no sólo con el realismo de sus narraciones sino con las demandas de la sociedad que le rodea. Debemos escabullirnos del anacronismo que supondría hacer un tipo de historia diferente a la de nuestro tiempo, ya que corremos el riesgo de perder la empatía con la audiencia. Y siempre que la historiografía ha llegado a este punto, ha tenido que rectificar, buscando nuevas fórmulas y nuevos caminos. Ese fue el punto que remarcó Lawrence Stone en su pionera denuncia de los lenguajes materialistas y estructuralistas, y en favor de los narrativistas, en su memorable artículo de 1979 (“The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History” (1979: 3–24) [“El

resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”]. Me gusta releer periódicamente ese artículo, porque tiene enseñanzas muy profundas no sólo en sus aspectos más formales (es un impecable ejercicio de precisión historiográfica) sino también por su modo de enfocar un problema permanente de la historiografía, en su necesario término medio de autismo científico y su deber como actividad de evidentes proyección pública y responsabilidad social.

En algunos de sus escritos, usted ha expresado que hoy en día el medievalismo parece tener algunas reservas respecto a la viabilidad de las nuevas corrientes, evidenciadas en la incidencia muy minoritaria del debate sobre el posmodernismo en los ambientes académicos españoles. ¿Cuáles son las lagunas y las preguntas que, a su juicio, el postmodernismo “posibilista” de larga duración, tiene todavía por satisfacer en relación a los estudios históricos en general y al medievalismo en particular?

Te agradezco que introduzcas esa distinción entre un postmodernismo posibilista de larga duración y otro necesariamente rompedor, pero de corta duración, porque este matiz disipa muchos equívocos. Hay un postmodernismo que está generando un debate teórico interesante, relevante y útil, que incide en el modo de hacer historia, y otro postmodernismo que es una teoría perfectamente legítima pero que no está tan conectada con la *operación histórica*, sino con debates que están más relacionados con la antigua filosofía de la Historia. Estoy persuadido de que autores como Frank Ankersmit, Keith Jenkins, o Alun Munslow, han aportado mucho a la teoría de la historia, pero tengo más dudas de su efectiva aplicabilidad en nuestro trabajo cotidiano.

En cambio, de los debates de ese postmodernismo posibilista podemos aprender sobre todo a reflexionar sobre nuestra propia dedicación a la historia, sobre nuestra propia escritura histórica. Por esto sostengo que el postmodernismo nos ha ayudado a los historiadores, paradójicamente, a ganar en realismo, porque se ha fijado mucho en los procesos de la operación histórica, es decir, desde la recogida de la documentación hasta la propia narración, pasando por la metodología, por el uso (o eventual abuso) de las fuentes. Eso nos ha alertado sobre la complejidad de la operación histórica, de la función necesariamente intermediaria del lenguaje y, por lo tanto, a ser más realistas en cuanto a nuestra propia dedicación a la historia. En este sentido, creo que nunca acabaremos de agradecer bastante las aportaciones de Gabrielle M. Spiegel, Caroline W. Bynum, Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, Roger Chartier, Peter Burke, Anthony Grafton, Hayden White, Clifford Geertz o Robert A. Rosenstone, por citar sólo algunos de los que me parecen más

representativos de esta actitud. Todos ellos son sólidos historiadores, bien asentados en sus fuentes primarias en sus investigaciones, pero que han sabido también conectar su práctica histórica con el desarrollo de unas teorías cuyos significados trascienden su ámbito específico de investigación e iluminan aspectos que todos nos planteamos en nuestra tarea de historiadores.

Usted se define como historiador de la historiografía por sobre el teórico de la historia o el historiador *per se*. Sin embargo, vuelve constantemente a los archivos, advirtiendo que sin la práctica la teoría es vana. De esta manera, en el año 2017 adelantó que se encontraba trabajando en las autocoronaciones medievales. ¿Cuál es el estado actual de su investigación?

Efectivamente, yo creo que todos deberíamos tener un equilibrio entre teoría y práctica, entre labor de archivo y labor propiamente teórica. En ese sentido, tengo la alegría de comunicaros que el libro sobre las autocoronaciones va a ser publicado en Cambridge University Press muy pronto, con el título *Medieval Self-Coronations. The History and Symbolism of a Ritual*³. Ha sido una experiencia magnífica poner en el mismo tablero de juego algunas disciplinas con las que la disciplina histórica debe dialogar, por ejemplo, la antropología simbólica, la historia del arte y la teología. Por tanto, así como en mi proyecto sobre las crónicas catalanas que dio lugar al libro *Authoring the Past* negocié sobre todo con la crítica literaria, este proyecto por la misma naturaleza del tema tratado, me ha llevado a la negociación con otras disciplinas, especialmente la antropología simbólica y la apasionante subdisciplina de los *ritual studies*. La interdisciplinariedad es un aspecto esencial de la tarea del historiador, y los medievalistas tenemos un campo privilegiado para ejercitarnos en ella. Porque ya decía Georges Duby que él no se consideraba propiamente un historiador, sino un medievalista, lo que le daba pie a negociar con tantas disciplinas como él transitó, y dejarnos un legado tan formidable, que todos los que nos dedicamos al medievalismo (y quizás, a la historia generalmente considerada) deberíamos conocer bien.

Me permito en esta pregunta introducir una especie de “elogio de la monografía” – esas exploraciones de suficiente duración y extensión como para permitir ese diálogo con otras disciplinas. En mi propio itinerario, percibo claramente tres periodos temáticos, que coinciden curiosamente con décadas: la fase de la cultura mercantil medieval en los años 1990s, la fase de la historiografía medieval en los años 2000s y la fase de las autocoronaciones medievales de los años 2010s, que ahora acabo de culminar. Mi experiencia, que no tiene necesariamente que coincidir con la de los demás, es que después de un cierto período de tiempo, el

³ Al momento de este diálogo, la obra estaba en edición; ya ha sido publicada.

historiador debe re-inventarse de nuevo, o *resetearse*, por utilizar un término más expresivo. El inicio de un nuevo tema lleva consigo el rastreo de nuevas fuentes, la revisión de las metodologías, la negociación con otras disciplinas, y la exploración de nuevas narrativas, lo que inmuniza al aburguesamiento. Lo ideal es que esos períodos culminen con la publicación de una monografía que subsuma todo el trabajo realizado en ese tiempo. Aun siendo consciente de que en esto también voy a contracorriente, y sin pretender ser excluyente, yo sigo defendiendo el valor supremo de las monografías históricas como género privilegiado de la historiografía.

Me ayuda pensar en los libros-monografías como esos grandes árboles que nunca nos cansamos de admirar, puesto que tienen un aspecto diferente según la época del año, la hora del día, nuestra propia perspectiva, y el diverso color o forma de tronco, ramas y hojas según el ritmo de su propio crecimiento. Como medievalista, pienso por ejemplo en el valor imperecedero de obras como *The Waning of the Middle Ages* (1924 [1919]) [*El otoño de la Edad Media*, 1930] de Johan Huizinga, *Les rois thaumaturges* (1924) [*Los reyes taumaturgos*, 1988] de Marc Bloch, *The Two King's Bodies* (1957) [*Los dos cuerpos del Rey*, 1985] de Ernst Kantorowicz o el *Saint Louis* (1996) de Jacques Le Goff. Los demás géneros – *papers*, estados de la cuestión, manuales universitarios, ensayos teóricos, documentales, *Wikipedia* – son igualmente nobles y necesarios, porque cada uno cumple su propia función. Pero a mí me parecen más bien como efímeros arbustos, que una vez leídos, sólo volvemos a ellos cuando necesitamos chequear una información específica, pero no nos invitan a gozar de una nueva lectura para obtener renovadas luces. Por tanto, si algo me inclinaba a superar la inseguridad de un cambio temático de esas características era la ilusión de elaborar una nueva monografía, de visitar nuevos archivos, de conocer nuevas fuentes, de iniciar una negociación con nuevas disciplinas (en este caso, la antropología simbólica y la teología política), de afrontar nuevos retos metodológicos y narrativos, y hasta de aprender una nueva lengua (recuerdo ahora con agrado, pero ese momento no lo fue tanto, mis primeras clases en alemán, lo que me permitió familiarizarme con las fuentes primarias del Sacro Imperio Romano-Germánico, así como las obras de Ernst Kantorowicz, y Percy Schramm, entre otros, en su concepción original).

Volviendo a su proyecto de las autocoronaciones, ¿podría contarnos cuáles fueron los retos más significativos acerca de esta investigación?

Sí, desde luego. El primer gran reto fue realizar una investigación de largo alcance (*longue durée* que dirían los estructuralistas franceses) desde Persia hasta Napoleón, aunque lógicamente he enfatizado mucho más la parte medieval. Por tanto en ese sentido he seguido los postulados con los que en parte me identifico del

The History Manifesto (2014) [*Manifiesto por la historia*, 2016], de Jo Guldi y David Armitage, disponible en internet. Más allá del natural debate que suscitó entre los historiadores, pienso que este ensayo tiene muchas virtudes, entre las que destaca la conveniencia de retornar a los grandes proyectos históricos de *longue durée* en los que se pueda percibir, en un solo volumen, las continuidades y discontinuidades de la historia – un tema esencial que no puede ser abordado en las investigaciones de corto alcance cronológico. Esto ha sido obviamente un gran reto, podríamos decir que este ha sido el reto vertical, el tiempo.

El segundo, el reto horizontal, ha sido el tener que negociar con muy diversas disciplinas. Siempre que se trata con disciplinas que no son propias, uno tiene que tener la humildad de entrar en un terreno que desconoce completamente y, por tanto, exige un saber ceder los propios postulados, bajarse del propio pedestal heurístico y metodológico que – de un modo u otro – todos nos construimos, y estar disponible a escuchar y aprender con la actitud del novato. Yo puedo constatar, por ejemplo, que he aprendido muchísimo de los antropólogos simbólicos clásicos, cuyos precedentes se hallan en el clarividente *The Nuer* (1940) [*Los Nuer*, 1977] de Edward E. Evans-Pritchard, y que se desarrolló sobre todo con figuras tan influyentes en todas las humanidades y ciencias sociales como Clifford Geertz (sobre todo su soberbio *The Interpretation of Cultures*, 1973) [*La interpretación de las culturas*, 1987] y Victor Turner (especialmente *The Forest of Symbols*, 1967) [*La selva de los símbolos*, 1980]. Me encantó el modo como proceden epistemológicamente, puesto que *analizan* históricamente e *interpretan* antropológicamente, y tienen una cabeza muy avezada para contextualizar sin perder la visión global.

También he disfrutado con los teólogos – ya que la liturgia forma parte esencial del ritual de las coronaciones – e historiadores del arte, porque el libro se basa tanto en fuentes literarias como iconográficas (la mayor parte de ellas las maravillosas miniaturas de los manuscritos litúrgicos) – mi modelo aquí ha sido el pionero *Laudes regiae* (1946) de Ernst Kantorowicz y todas las obras de Percy E. Schramm, para mí uno de los medievalistas más importantes de siempre. Además, más allá de estos estudios temáticos, la lectura periódica de teólogos tan interdisciplinarios como Henri de Lubac (*Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, 1988), Hans Urs Von Balthasar (*Gloria. Una estética teológica*, 1985-1989), Étienne Gilson (*El espíritu de la filosofía medieval*, 1952) y Joseph Ratzinger (*El espíritu de la liturgia*, 2001) sigue iluminando mi labor de medievalista.

La inspiradora obra de Carl Schmitt ha sido también clave, sobre todo por haberme proveído de la metodología esencial que recorre todo el espinazo del libro: la teología política. Esta metodología está muy bien expuesta en el libro *The Political Discourse of Carl Schmitt: A Mystic of Order* (2015), de Montserrat Herrero, colega mía en la Universidad de Navarra, que es investigadora principal y fundadora del

influyente grupo de investigación interdisciplinar “Religión y Sociedad Civil”, del Instituto Cultura y Sociedad (ICS), al que tengo el honor de pertenecer. La reflexión sobre la teología política, como teoría y práctica, nos llevó a editar, junto a Montserrat Herrero y Angela Miceli, el libro colectivo *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe: Discourses, Rites, and Representations* (2016), que ha tenido una buena recepción internacional y ha propiciado la creación de una nueva colección en la editorial Brepols (“Medieval and Early Modern Political Theology. Historical and Theoretical Perspectives”), donde me encantaría que pronto se pudiera unir algún autor procedente de Hispanoamérica. La teología política es un ámbito privilegiado para analizar las transferencias entre lo espiritual y lo temporal, entre lo político y lo religioso, entre lo sacro y lo profano, algo que está en el trasfondo de todo el libro, y que conecta obviamente con una preocupación muy contemporánea. Una correcta aplicación de la teología política a los temas históricos inmuniza de esta tendencia tan desagradable que tenemos los contemporáneos a simplificar toda la compleja relación entre lo espiritual y lo temporal – tanto histórica como sistemáticamente – con la simple etiqueta del proceso lineal, progresivo, simplificador y, finalmente, tremendamente empobrecedor, del “proceso de secularización”.

Finalmente, al proporcionar un modelo de coronación alternativo al (supuestamente) convencional del rey siendo coronado por el obispo, el análisis de larga duración de la práctica de las auto-coronaciones me ha permitido ahondar también en la fragilidad de las categorías de lo convencional y lo no-convencional, así como lo que consideramos “nuclear” o “marginal” en las sociedades, para lo que la obra de Michel Foucault ha sido de gran ayuda.

II. ENTRE LA TEORÍA DE LA HISTORIA Y LA PRÁCTICA DE LA ESCRITURA

En sus textos sobre teoría de la historia y sus escritos históricos, distinguimos dos ejes que se imbrican mutuamente: por un lado, el hecho de que la historiografía no ha avanzado nunca a través de rupturas drásticas o revoluciones metodológicas, a partir de lo que usted ha conceptualizado como “La condición de red barredera de la historiografía“, y por el otro, la suavidad en las transiciones en el paso de una época a otra. Nos parece advertir que estos ejes se encuentran visiblemente articulados en su *La Escritura de la memoria y Comprender el pasado* ¿Podría darnos su postura acerca de la red barredera?

Esta expresión se me ocurrió leyendo el mencionado artículo de Lawrence Stone sobre el retorno de la narrativa, porque él hace, como buen británico flemático, un ejercicio impecable de respeto por la tradición, pero de audaz apuesta y sensibilidad por la innovación. El artículo es de 1979, y trata sobre el resurgimiento de la *nueva* corriente de la historia narrativa, que tenía algunas características específicas que la diferenciaban de la *vieja* historia narrativa. Ahí se me ocurrió que efectivamente nosotros, aunque a veces nos cuesta reconocerlo por la peculiaridad de nuestra tarea, procedemos de hecho como cualquier otra disciplina científica. Para comprender mejor estos procesos disciplinares, me imbuí de los escritos clásicos de Thomas Kuhn, no sólo el mencionado *The Essential Tension*, sino también su enormemente influyente *The Structure of Scientific Revolutions* (1962) [*La estructura de las revoluciones científicas*, 1971] y *The Copernican Revolution* (1957) [*La revolución copernicana*, 1978]. Kuhn, como historiador de la ciencia, sostiene que siempre hay una pequeña resistencia de la ciencia a avanzar, que en parte es lógica, porque se debe a que los postulados de los clásicos de cada disciplina están muy bien asentados y consolidados, pero siempre tienen que haber mentes que empujen la disciplina hacia adelante. Él obviamente cita el caso de los Galileo, Copérnico, Einstein y otros genios de la ciencia. Nosotros deberíamos citar el caso de los Heródoto, Tucídides, Polibio, Eusebio, Froissart, Maquiavelo, Guicciardini, el propio Voltaire, Michelet, Ranke, Burckhardt, Huizinga, Bloch, Febvre, Braudel, Thompson, Duby, White, Davis, Spiegel y Rosenstone, entre tantos otros: historiadores que han contribuido notablemente a esa renovación disciplinar, cada uno en su contexto.

Pienso que es extremadamente importante que nos respetemos mucho entre todas las tradiciones, y en concreto respetar, apreciar y *saber* leer a los historiadores de otros tiempos. La lectura de Kuhn también me ha ayudado a evitar ese defecto tan extendido de pensar que la historiografía no funciona como una *ciencia* en sus procedimientos, estructuras e instituciones que la gobiernan. Yo he sido el primero en defender que la historia debe estar en el reino de las humanidades, y no en el de las ciencias sociales (aunque lógicamente tiene mucha vinculación con ellas), pero esto no obvia que su funcionamiento y evolución es estrictamente *disciplinar*. Este es un concepto análogo al de *ciencia*, con todas las consecuencias de funcionamiento que se derivan de esto, pero no es estrictamente su sinónimo.

Yo ahora estoy precisamente metido en un proyecto teórico-historiográfico relacionado con este debate disciplina, y que me está suponiendo un verdadero quebradero de cabeza. Estoy profundizando en los conceptos de “durabilidad”, “clásico”, “canon” y “género”, que habitualmente han sido aplicados a la literatura, pero me gustaría indagar hasta qué punto pueden aplicarse también a la escritura

histórica. En concreto, ahora estoy redactando un artículo de si se puede aplicar el concepto de clásico a las obras históricas como de hecho lo aplicamos, sin excesivas disquisiciones, a la historia. Igual que nos referimos a Shakespeare y Cervantes como “clásicos”, podemos hablar que Heródoto, Michelet, Gibbon y Ranke son clásicos de la historia, o al menos lo son algunas de sus obras. Es pertinente aplicarles este epíteto, porque los seguimos leyendo, o al menos nos basamos en ellos, cuando en realidad la información que dan en sus obras está superada científicamente: ningún especialista en la Roma antigua piensa, por ejemplo, que la Iglesia fue la *culpable* de la caída del Imperio Romano. Pero es obvio que todos estos clásicos conservan algo de permanente, que quizás tiene más que ver con la *forma* que con el *contenido*, pero que en todo caso está ahí.

Por lo tanto, la red barredera a la que me refiero es ese espíritu que Bernardo de Chartres definió maravillosamente: “somos como enanos a hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos, no por la agudeza de nuestra vista ni por la altura de nuestro cuerpo, sino porque somos levantados por su gran altura”. Nosotros también deberíamos subirnos a esos hombros de los gigantes que nos han precedido, pero para poder ver más allá que ellos tenemos que añadir ese punto de innovación audaz. Esa es mi actitud, con la que comprendo que algunos no estén de acuerdo porque están más apegados a la tradición o sean más innovadores, pero yo me mantengo ahí, en este caso en el término medio de esa red barredera, respetuosa con la tradición e innovadora en la medida de mis posibilidades.

George Duby en la introducción de *L' Histoire continue* (1991) establece su itinerario profesional insertándolo en un contexto más abarcador, el de la “Escuela histórica francesa”. Hablar de una Escuela histórica española, o hablar de Escuelas históricas en general, ¿es apropiado en tiempos de esta modernidad tardía?

Ante esta cuestión tengo una actitud ambivalente. Por un lado, las tradiciones nacionales siguen vivas, pero ya no nos sirven como paradigmas de análisis de la propia historiografía. Los grandes historiadores de la historiografía, empezando por Georg Iggers, se han apresurado en estos últimos años en construir historias *globales* de la historiografía, incluyendo otras grandes tradiciones, como la islámica, la china o la india, en un supuesto relato integrador con la Occidental (europea, norteamericana, latinoamericana y australiana). De entrada, me muestro reacio a entregarme a una “historia global” de la historiografía, que tiene el riesgo de deslizarse hacia cierto presentismo anacrónico, tal como J.G.A. Pocock y Martin Jay han diagnosticado con su gráfica expresión “*the limits of contextualization*” (“los límites de la contextualización”). Sin embargo, aunque este modelo global no se pueda aplicar al pasado, es obvio que en el presente la globalización ha influido mucho en la historiografía, no solo por lo que ha tenido de creciente interacción

entre las tradiciones nacionales clásicas de la historiografía (la francesa, la inglesa, la alemana, la norteamericana), sino también en lo que ha influido en esas propias historiografías otras historiografías (latinoamericana, asiática, africana). En ese sentido es verdad que la historiografía se ha hecho más global.

Pero por otro lado soy escéptico ante la posibilidad de desprendernos del todo del enorme influjo que han tenido – y, desde mi punto de vista, siguen teniendo – las grandes tradiciones nacionales. La historiografía en esto, como en todo, interacciona con su contexto: ¿quién puede decir que el estado-nación, tal como se consolidó a lo largo del siglo XIX, es un proyecto finiquitado? La actual crisis del coronavirus lo ha corroborado: el efecto de la pandemia es global, pero la respuesta está siendo gobernada con completa autonomía y sin ningún tipo de coordinación global por cada estado soberano – ante mi pena, por cierto, de la poca capacidad aglutinadora que ha tenido incluso una institución supranacional tan supuestamente sólida como la Unión Europea.

Pero hay otro argumento que aumenta mi escepticismo, al que acabo de hacer referencia, y es la evidente incapacidad de realizar un recorrido por la historia de la historiografía globalmente considerada con un único hilo narrativo – algo que, con las variantes que se quieran, sí podemos hacer con la historiografía occidental, donde hay hitos como los de Heródoto, Eusebio, Froissart, Guicciardini, Voltaire, Michelet, Ranke, Bloch, Braudel y Hayden White, por citar algunos de ellos, que son reconocibles por todas las historias de la historiografía que se han hecho desde la contemporaneidad, desde la fundante filosofía de la historia de Hegel a la actualidad.

Actualmente estoy leyendo, un interesante libro, *History as Wonder: Beginning with Historiography* (2018), de Marnie Hughes-Warrington, del que la revista *History and Theory* me ha pedido que redacte un largo ensayo. Es una original indagación sobre como la *admiración* ha sido un constante motor para el impulso de la historiografía. Me llamó la atención, al principio, que incluyera en su relato las historiografías islámicas y chinas. Realmente no me han defraudado esos capítulos, porque uno siempre aprende de la diferencia. Pero lo que me ha llamado la atención es que, finalmente, y a pesar de sus buenas intenciones, la autora no ha sido capaz de *integrar* a esas figuras y tendencias extra-europeas dentro de un relato global, y han quedado de hecho subsumidas por la historia de la historiografía occidental. Creo que el error está, como tantas veces ocurre con los *cultural studies*, en proyectar sobre el pasado nuestras categorías. Que actualmente hayamos iniciado un proceso imparable de globalización – que, dicho sea de paso, es más real en lo económico y cultural que en lo político y jurídico – no quiere decir que siempre haya sido así. Y, por tanto, proyectar esa globalización a la entera historia de la historiografía me parece un error desde el punto de vista más básicamente epistemológico. No se

trata, por tanto, de hegemonismos o privilegios, sino de realidades históricas – en este caso, historiográficas – puras y duras.

Además, tampoco se puede negar que la lengua, el idioma, sigue pesando en la diferenciación de las tradiciones nacionales. Es cierto que el inglés se ha hecho hegemónico, pero el francés, el español, el portugués, el italiano, el alemán, el chino, siguen luchando por prevalecer. Para acabar de complicar el asunto, quienes procedemos de tradiciones culturales todavía más específicas, como la catalana (mi bella lengua materna) sentimos un deber innato por no perder las tradiciones que nos han legado nuestros antepasados – una inquietud puramente cultural, que va mucho más allá de las oportunistas posturas excluyentes desde una perspectiva política que están tan a la boga, que espero que pasen pronto. El chino, aunque es muy influyente, lo tiene un poco más difícil porque no es tan global, pero esas tradiciones lingüísticas sí que siguen pesando a pesar de todo. Como veis, mi cuadro muestra unos contrastes que no suelen enfatizarse, quizás por el peso de lo políticamente correcto de las más que respetables tendencias multiculturales y multiétnicas, pero mi lectura intelectual es esa, y no me parece honesto cambiarla. Ahora bien, si cambian los datos, rectificaré con gusto mi postura intelectual – me gusta mucho la fórmula que encontró Daniel, el hijo del gran historiador británico Tony Judt, al elegir como título de la soberbia colección de ensayos históricos reunidos de modo póstumo (*When the Facts Change* (2015) [*Cuando los hechos cambian*, 2015]), que parafrasea a su vez a Keynes (“When the facts change, I change my mind”), y que ilustra perfectamente la actitud insobornable del historiador británico.

En relación a la pregunta anterior: el impacto de la globalización, ¿ha opacado las tradiciones nacionales o las ha reforzado?

Yo creo que lo que se ha producido es aquello que dice la fórmula mágica de la globalización, que es “*think globally, act locally*”. Es decir, que paradójicamente la globalización también ha tenido dos extremos. De una parte, todos hemos experimentado una globalización real, y la hegemonía del inglés ha contribuido a que todos podamos leer mucho de todos. Pero al mismo tiempo, en el otro extremo, sigue habiendo una tradición local muy arraigada en cada país – e incluso en cada región – con los problemas asociados a la historia, la tradición y la cultura autóctona e idiosincrática de cada lugar.

El otro día me decía un colega que ya no nos quedan hispanistas para juzgar, con esa ponderación que da la perspectiva, la historia de España. Hubo una historia de España hecha por los célebres hispanistas británicos y norteamericanos, sobre todo modernistas como John Elliott y Henri Kamen y contemporaneístas como Paul Preston y, gente que ha influido mucho en el propio modernismo español, y que

complementaron muy bien la labor de los historiadores autóctonos. Pero ahora lo estamos perdiendo, por diversas razones, y eso a veces es una pobreza porque todos necesitamos unos referentes exteriores, que te ayuden a pensar sobre ti mismo.

Pero, como todo en la historia y en la historiografía, todo tiene un matiz. Me parece sintomático de nuestra época que buena parte del interés global por la historia de España haya pasado de su Imperio moderno o de su Guerra Civil contemporánea a su época medieval, sobre todo a partir del *best seller* de Rosa Menocal (una magnífica historiadora cubano-americana, desaparecida prematuramente), *The Ornament of the World: How Muslims, Jews, and Christians Created a Culture of Tolerance in Medieval Spain* (2002). El libro de Menocal retrataba una sociedad intercultural e interétnica demasiado paradisiaca, desde mi punto de vista, pero tuvo la virtud de poner el énfasis en el modelo que podría suponer esa experiencia en el momento en que Norteamérica, y el mundo entero, afrontaba el trauma – y los efectos – del atentado de las Torres Gemelas del 2001. Salvando las distancias de tiempo y del diferente influjo de ambos, el libro de Menocal tuvo la virtud de proyectar en su estudio histórico un problema muy real de la sociedad norteamericana, tal como había hecho Frederick J. Turner con su ensayo *The Significance of the Frontier in American History* (1893) [*El significado de la frontera en la historia americana*, 1987]. El Imperio Español de la época moderna había dejado de interesar en una sociedad que abjuraba de cualquier tipo de dominación autoritaria, al tiempo que el interés por la guerra civil española perdía vigor ante el alejamiento natural de la segunda guerra mundial como evento hegemónico, tras las experiencias de la caída del muro de Berlín en 1989 y de las Torres Gemelas de 2001. La historiografía, una vez más, era un reflejo exacto de las condiciones políticas, sociales e intelectuales del momento.

Luego de la primera edición de *La escritura de la memoria* (2005), la Universidad de Valencia vuelve a reeditar el texto en el año 2017 y esa reedición trae tres capítulos imperdibles, “Más allá del posmodernismo”, “La renovación desde los márgenes” y “La renovación desde fuera”. Considerando la rapidez de las mutaciones en el mundo contemporáneo, rapidez de la que no está exenta la historiografía, y en relación a su *Comprender el pasado*, ¿ha cambiado su diagnóstico en cuanto a las nuevas tendencias y temáticas, dentro de la historiografía, para el futuro inmediato?

Como acabo de señalar justo al final de la cuestión anterior, uno de los aspectos más fascinantes de la historiografía es que es un campo en el que se experimentan y reflejan (aspecto activo y pasivo respectivamente) con enorme

exactitud e inmediatez los cambios culturales e intelectuales del contexto desde el que están articulados los textos históricos. Mi pasión por la historiografía viene en buena medida inspirada por el hecho de que es una historia intelectual cuyo objeto no es sólo el pasado, sino también tu propio presente. De esta compleja convergencia temporal surge un interés cuádruple: el conocimiento objetivo del pasado de tu disciplina, el conocimiento de la historia intelectual en el que se ha insertado esa disciplina, el conocimiento de tu propia sociedad y la posibilidad de reflexionar con más hondura sobre tu propia actividad. En este sentido, yo creo que, hoy día, el cambio más sustancial se ha producido más en los instrumentos de transmisión que en la historiografía propiamente dicha. Es decir, las nuevas plataformas desde las que la historia está siendo transmitida (como estoy pensando por ejemplo en *Wikipedia*, *reenactments*, videojuegos, documentales, cómics) inciden más en los *medios* que en los postulados más profundos de la historiografía. Claro que todo tiene su incidencia, porque me gusta tener siempre presente aquella máxima clásica de Marshall McLuhan: “el medio es el mensaje”. Aunque yo prefiero atenuarla algo, y formular algo así como “el medio forma parte del mensaje”, pero no lo condiciona del todo – algo muy aplicable a las categorías contenido/forma que con tanto fruto ha desarrollado Hayden White.

Sin embargo, es obvio que tenemos que ser muy sensibles a este cambio sustancial que estamos experimentando en las *formas* en las que la historia está siendo transmitida, y ese es el espíritu con el que fomenté el libro colectivo *Rethinking Historical Genres in the Twenty-First Century* (2017), que fue una experiencia extraordinaria para mí. El tema de los géneros históricos me había interesado desde mis investigaciones para el libro *Authoring the Past*. Me maravillaba la llamativa capacidad de la historiografía catalana medieval de acomodar el género histórico utilizado a las condiciones del momento: los esquemáticos *Anales* de los siglos XI y XII, acordes con una historiografía promovida desde los monasterios cuyo ritmo lo marcaban los cánones del año litúrgico; las *genealogías* del siglo XII, promovidas por los nacientes linajes nobiliarios; las *autobiografías* de los reyes, siguiendo el mejor espíritu de “memorias de cruzada” expandidas por toda Europa a raíz de las aventuras de los caballeros en Tierra Santa; las *crónicas* de los siglos XIII y XIV, en las que se narraban conquistas y heroicidades en un mundo plenamente caballeresco; y, por fin, las *historias universales* de finales de la Edad Media. Aquello fue para mí un enorme descubrimiento, y me ayudó a comprender que la calidad de la historiografía no depende del género (o de la plataforma) desde la que está escrita, sino de su verdadera genuinidad. El tema de los “géneros históricos”, tristemente dejado de lado por la historia de la historiografía (quizás ahí ha pesado mucho la repugnancia a ser asimilados a los “géneros literarios”) da para mucho, aunque ahora lógicamente no puedo hacer más que mencionarlo.

Hoy día, están emergiendo nuevas formas y fórmulas historiográficas, y también algunos temas teóricos de relevancia. Por ejemplo, me llama la atención

que, desde principios del milenio, los teóricos de la historia muestren gran interés por aproximar los problemas historiográficos desde una perspectiva más *realista*, contraviniendo, más o menos explícitamente, los postulados más relativistas y escépticos del primer postmodernismo. Me estoy refiriendo en concreto a conceptos como el de *presencia* (Hans U. Gumbrecht, *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*, 2004), *experiencia* (Martin Jay, *Songs of Experience. Moderns American and European Variations of a Universal Theme*, 2005), *materialidad* (Kalle Pihlainen, *The work of History: Constructivism and a Politics of the Past*, 2017), y *representacionalismo* (Jouni-Matti Kuukkanen, *Postnarrativist philosophy of historiography*, 2015). Aunque todavía es quizás muy pronto para hacer un juicio, creo que estos conceptos y estas aproximaciones más realistas van a ir cobrando un peso mayor en un futuro no muy lejano de la historiografía, puesto que el paradigma de la postmodernidad más radical hace ya tiempo que da muestras de agotamiento.

Y sobre Wikipedia, los videojuegos y las tecnologías digitales, ¿cómo evaluaría el rol de estos medios de comunicación?

Bien, fíjate que yo no me atrevo a hacer ninguna valoración, y creo que no es necesaria hacerla. Antes he hablado del papel esencial que juegan y siguen jugando las monografías en la historiografía, pero me he apresurado a apuntar que cada género, cada plataforma, debe realizar su función. Ninguno de ellos es prescindible. Mi valoración es que no debemos valorarlos, simplemente debemos saber utilizarlos, para activarlos cuando sea preciso. Debemos respetar mucho a la gente que nos enseña a utilizarlos, a la gente que los utiliza eficazmente – sobre todo las nuevas generaciones de historiadores.

Obviamente esto es compatible con que cada uno debe ver qué género y qué plataforma se adaptan mejor a sus condiciones historiográficas personales – y considero que es tarea esencial de los profesores universitarios de ayudar en esa tarea de auto-conocimiento a los estudiantes que se inician en la disciplina. Como un historiador formado, como medievalista, en la metodología más tradicional de las monografías, yo soy el primero que tengo que aprender a respetar, valorar, e incluso fomentar – especialmente entre los jóvenes historiadores – el uso de estos nuevos géneros y plataformas, porque es evidente que están accediendo a una audiencia mucho mayor de la que nosotros llegábamos con nuestras monografías de archivo. Yo no voy a dejar de hacer monografías de archivo, y por eso pido el mismo respeto, pero comprendo que haya gente que vaya por otros caminos que no son ni mejores ni peores – siempre y cuando se apliquen las metodologías históricas con rigor – sino simplemente complementarios.

Aquí vuelvo a la imagen de la red barredera: no se trata de decir cuál es la plataforma o el género histórico más adecuado o mejor, sino en cada momento, en cada contexto, reflexionar cuál es el más adecuado, el que cuadra mejor con el contexto y el que encaja mejor con las propias cualidades de su autor. Reconocer esto es muy importante: por esto nadie debería quedarse fuera del interés por los aspectos teóricos e historiográficos de la disciplina – no me cansaré en insistir en esto – que son los que nos dotan de la necesaria sensibilidad para valorar el trabajo de nuestros colegas historiadores y de las otras disciplinas vecinas. Yo recuerdo el impacto que tuve, en mis años de estudiante universitario, cuando leí a los primeros narrativistas como Natalie Davis, Robert Darnton, Georges Duby o Carlo Ginzburg. Aquello me parecía una gran trasgresión, porque los modelos de mis profesores eran más bien el estructural *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949) [El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II, 1953] de Braudel, el materialista *The Making of the English Working Class* (1963) [La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1989] de Edward P. Thompson o incluso el casi-matemático *La contabilidad del más allá* (1980) de Jacques Chiffolleau.

Recuerdo que me dije: “yo no sé si seré capaz de hacer eso”, me parece que me tendré que contentar con mis trabajos monográficos. A lo mejor en el futuro hago alguna historia más propiamente narrativa – si encuentro unas fuentes y un tema adecuado para hacerlo – pero mi estilo es verdad que es más monográfico que narrativo, aunque no puedo negar que una de mis mayores obsesiones, que he tratado de poner en práctica en mi libro sobre las autocoronaciones, es como conseguir un estilo “narrativamente monográfico”. Uno de los mejores ejemplos de este peculiar estilo lo tengo muy cercano, puesto que lo vi reflejado en el magnífico volumen de mi hermano Martin Aurell, *Les noces du Comte: mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)* (1995): creo que no me ciega el afecto fraternal al valorar su llamativa capacidad de no perder el hilo argumental en su apasionante historia de seis siglos de duración, haciéndola compatible con el despliegue de miles de datos. La misma impresión la acabo de tener al leer el fascinante *Postwar: A History of Europe since 1945* (2005) [Postguerra: una historia de Europa desde 1945, 2006] de Tony Judt – un historiador, por cierto, que ha sido un ejemplo impecable de precisión historiográfica, honestidad cívica y compromiso moral.

En cuanto a la historia narrativa y los medios de comunicación, ¿cuál cree que sería el equilibrio para narrar e informar a la gente, pero sin que se pierda la veracidad histórica?

Yo creo que la veracidad de la historia está más relacionada con la honestidad del historiador, que con el tipo de fuentes que utiliza, el tipo de metodología que aplica, el género que elige, o la forma narrativa con la que presenta sus escritos. Me parece que lo más esencial es que el historiador no busque

un objetivo inmediato con su investigación, no sienta la ansiedad de “dar sentido a las cosas” o de “defender una causa justa”, sino que se limite a presentar lo más verazmente y bellamente posible el pasado. Sostengo que cuando hay honestidad, luego llega lo de “dar sentido a las cosas” o “defender una causa justa”. Pero esas buenas intenciones no pueden ser aplicadas *a priori*, sino que llegaran *a posteriori*, si se ha sido escrupuloso en el proceso de investigación.

Esto es compatible, claro, que elijamos nuestros temas según alguna preocupación que tenemos en el presente, e incluso motivados por un aspecto del presente que queramos denunciar o mejorar. Recuerdo que el *impulso* inicial de mi interés por las autocoronaciones de los reyes medievales fue mi obsesión por que las sociedades sepan respetar la autonomía de las cuestiones espirituales y las temporales, la independencia entre el poder político y el ámbito religioso, el respeto de la especificidad de la jurisdicción política y la eclesiástica. Pero esto es perfectamente compatible con no instrumentalizar el pasado, sin pretender hacer del pasado algo usable en el presente; algo que a veces se ha denominado “presentismo”, otras el “pasado práctico”, o lo que Nietzsche definía como “la historia crítica”. Es natural que haya un cierto presentismo para conectar con la realidad desde el presente, pero esto no puede *infectar* nuestra obra histórica. He tenido una gran satisfacción al ver tan bien reflejada esta realidad en el magnífico libro de John L. Gaddis, *The Landscape of History* (2002) [*El paisaje de la historia*, 2004] – significativamente, él mismo un gran especialista en historia contemporánea – y en el menos conocido (algo sorprendente, porque es una maravilla) de Gordon S. Wood, *The Purpose of the Past: Reflections on the Uses of History* (2008).

Si tuviera que realizar una nueva reedición de *La Escritura de la Memoria* ¿qué temas o problemas nuevos incluiría?

Incluiría la parte de las nuevas plataformas, que han surgido y se han desarrollado. En segundo lugar, profundizaría en estos nuevos conceptos a los que he hecho referencia antes, sobre todo de materialidad, de realismo, de un cierto acercamiento a una teoría histórica más posibilista. En tercer lugar, también me referiría a esos nuevos temas que están surgiendo, que están mucho más relacionados con los objetos, con la historia natural, con el *wonder*, con la historia de las emociones, con las fronteras entre ficción y realidad en las épocas históricas. En cuarto lugar, evidentemente, creo que cada vez tiene que seguir cobrando más importancia la historia de las mujeres. Me parece que es un campo negligido por los historiadores tradicionalmente, precisamente porque, hasta los años 1960s, por la pura realidad de la profesión, la historiografía había sido dominada abrumadoramente por los hombres. Esa situación empezó a cambiar,

afortunadamente, cuando los departamentos universitarios, sobre todo norteamericanos, empezaron a admitir a mujeres en sus claustros. Pero fue una lucha durísima, y la dieron extraordinarias historiadoras (y heroicas mujeres) como Jill K. Conway, Joan W. Scott, Sabine MacCormack, Natalie Z. Davis, Gabrielle M. Spiegel y Caroline Bynum, todas ellas muy influyentes también en sus respectivos campos de investigación, pero también en la entera disciplina. Todavía no he encontrado una mejor descripción, a través de la experiencia personal, de esa lucha titánica, que el libro de Conway, *True North* (1995), del que me enorgullezco de haber promovido su traducción al castellano [*El Verdadero Norte*, 2017].

Para analizar objetivamente la cuestión de la discriminación del papel de las mujeres en la historia, y para no caer en simplificaciones de esta compleja cuestión, no hay que prescindir tampoco del hecho de la dificultad de encontrar fuentes documentales específicas para la vida histórica de las mujeres. Es como un círculo vicioso, o el ratón que se muerde la cola: si las mujeres han tenido vetada la presencia en la vida pública hasta hace bien poco, no nos puede extrañar el hecho de que hayan dejado menos rastro documental en la historia. Esto no nos exime obviamente de esta tarea de necesaria reconstrucción, pero es preciso tenerlo presente en el juicio genérico que hacemos de esta cuestión, y nos incentiva a ser más pertinaces en la búsqueda de esas fuentes primarias específicas.

Personalmente, y quizás llevado por mi condición de medievalista, prefiero utilizar la expresión “historia de las mujeres” que “historia de género”. Los *gender studies* son una aproximación perfectamente legítima a la historia – y que ha dado algunos frutos ya objetivamente beneficiosos para la disciplina – y tienen mucho de historia, pero todavía más de *cultural studies*. Esto tiene unas implicaciones teóricas y epistemológicas muy profundas, que (más allá que uno esté de acuerdo o no con sus planteamientos) nadie debería olvidar, ya que la emparenta más a las ciencias sociales que a las humanidades, e incentiva su presentismo. Como siempre, la lectura de los “clásicos” es tan aleccionadora. A mí me ayuda volver de vez en cuando al artículo fundacional de Joan W. Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, publicado en la *American Historical Review* en 1986 [“El género: Una categoría útil para el análisis histórico” en *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, 1990]. Ahí están muy bien precisadas y matizadas estas cuestiones en sus acepciones originales, y a partir de ahí uno puede acceder a otras fuentes primarias sobre la historia de género, e ir asentando su propio juicio.

En fin, yo creo que las nuevas generaciones tendrán más perspicacia y más sensibilidad que los de mi generación para encontrar nuevos temas, nuevas aproximaciones y nuevos modos de transmitir la realidad histórica. Ahí sí que yo no me atrevo a aventurar sobre el futuro; más bien me contento con escuchar atentamente a la gente joven. Intento ser respetuoso con los temas que eligen los estudiantes o jóvenes colegas que acuden a mí a pedirme consejo. Tiendo a pensar

que los intereses seguirán siendo más culturales e intelectuales – siempre con una notable sensibilidad por lo simbólico –, que de historia política o del poder, salvo en su carga más simbólica. Por supuesto la historia social y económica, aunque lógicamente se seguirá practicando, me parece que seguirá en un segundo plano porque yo creo que hay un problema de fondo, en el que ahora no puedo profundizar demasiado, y es que la historia ha dejado de tener como referente a las ciencias sociales como la economía, la sociología y la ciencia política, y se ha aventurado más a sus hermanas en las humanidades como la filosofía y la crítica literaria. Esto ha beneficiado especialmente a la antropología simbólica, que está a caballo entre las humanidades y las ciencias sociales, pero que ha aportado en estos últimos decenios muchísimas claves hermenéuticas e interpretativas y pienso que los historiadores podemos seguir mucho aprendiendo de ellos. Me he referido antes a Clifford Geertz, que es un autor que cualquier historiador de hoy día debería conocer bien. Respecto a la siempre fecunda historia militar, quizás aumentará su dimensión más cultural en detrimento de la propiamente política, pero seguirá teniendo el espacio privilegiado que siempre le ha pertenecido.

Al releer los últimos capítulos de la segunda edición de *La Escritura de la Memoria*, podemos advertir un sesgo de independencia conceptual en sus textos respecto a las nociones de Tercer Nivel y el presentismo que elaboraron en sendos sentidos, *Annales* y Hartog respectivamente. ¿Podríamos hablar, a su juicio, de historiografías o historiadores con sus propias especificidades inclusive desde lo conceptual?

Primero, ya que citáis a François Hartog, yo le tengo mucho respeto, porque él representa bien la típica figura del teórico muy realista desde el punto de vista histórico e historiográfico. Sus tesis son verificables por cada uno de los que, día a día, nos dedicamos a la *práctica* histórica. La idea de “los regímenes de historicidad”, que ya habíamos reflexionado a través de la lectura de Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck, nos ayuda a comprender mejor nuestra propia operación histórica. Pero es cierto que, desde una perspectiva más práctica, yo soy más partidario de una historiografía que, desde la práctica, reflexione sobre la teoría, y no al revés. Por esto siempre he intentado combinar proyectos propiamente históricos con los historiográficos, y procuro que una actividad no sofoque a la otra, porque las dos se enriquecen recíprocamente.

Recuerdo que mientras me dedicaba al proyecto de las autocoronaciones, entre los años 2010 y 2019, interrumpía periódicamente esas investigaciones para dedicarme apasionadamente a analizar las autobiografías de historiadores del siglo XX, cuyo fruto fue el libro *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies*

(2016). Ahora me doy cuenta de que, además de permitirme ahondar en una cuestión teórica de gran profundidad (el encuentro entre sujeto y objeto histórico, entre autor y protagonista), esos períodos de dedicación historiográfica, supusieron también un respiro en mi tarea propiamente histórica, que después pude retomar con energías renovadas y con nuevas luces teóricas. Ahora, por ejemplo, que acabo de terminar el proyecto de las autocoronaciones y voy a acometer el del carisma de los reyes medievales, estoy muy metido en el proyecto del sentido de lo *clásico* en la historia al que he hecho referencia antes, que me llevará también a indagar sobre si es posible que haya un *canon* en la historia. Avanzar en un canon de grandes libros de historia, y también sobre el concepto de los géneros históricos, puede ser una herramienta muy útil para la docencia de la historia y para evitar empobrecedores *especialismos*, más allá de la virulenta polémica surgida a raíz de la publicación de *The Western Canon: The Books and School of the Ages* (1994) [*El Canon Occidental*, 2005] de Harold Bloom, los debates en torno al cual tuvieron más de ideológico que de propiamente epistemológico.

III. AUTOBIOGRAFÍA INTELLECTUAL, HISTORIA Y LITERATURA

Profesor Aurell: su nombre se ha convertido en uno de los referentes de la escritura de autobiografías intelectuales en la actualidad. ¿Nunca estuvo tentado de escribir su propia autobiografía intelectual?

Nunca he estado tentado de hacerlo, pero ahora tengo una buena oportunidad de reflexionar sobre esto, puesto que la revista *Rethinking History* me ha pedido un artículo para su clásica sección “Invitation to a Historian”. Es una sección pensada para que uno pueda exponer libremente sus propias teorías sobre la operación histórica y la evolución de la disciplina. Muchos lo han hecho, según he visto en los *issues* anteriores desde una perspectiva autobiográfica, por tanto, tendré por primera vez oportunidad en diez o quince páginas, no mucho más, de reflexionar sobre mi propio itinerario.

Creo que reflexionar sobre el propio recorrido intelectual y, en nuestro caso, historiográfico, tiene mucho de interés epistemológico y muy poco de narcisismo. Todos conocemos aquel aserto tan contundente de Platón, atribuido a su maestro Sócrates: “Una vida sin examen no merece la pena ser vivida”. Mientras trabajaba en mi libro sobre las autobiografías de historiadores, recuerdo el impacto que me causó la lapidaria frase del polémico pero célebre historiador británico A.J.P. Taylor: “pienso que todos los historiadores deberían escribir su autobiografía”. Peter Burke terminaba una recensión del libro que publicó en la revista *Life Writing* con una frase divertida, con su amable perspicacia irónica muy británica: “Let us hope that *Theoretical Perspectives* will inspire more studies of this ‘field’, taking different examples or asking different questions, and that Jaume Aurell himself will publish his autobiography” (“Esperemos que *Theoretical Perspectives* inspire más estudios de este 'campo' tomando diferentes ejemplos o haciendo diferentes preguntas, y que el mismo Jaume Aurell publique su autobiografía”). Le escribí de inmediato, puesto que tengo el privilegio de ser buen amigo suyo, siempre aprendo de su pasión por la historia, intangible a pesar del paso de los años. Le comenté que espero que pasen muchos años antes de poder dedicarme prioritariamente a eso, y que ojalá él nos regalara su autobiografía, ¡que seguro que sería de muchísimo mayor interés que la mía! Pero, en mi caso, como dicen en España, “a nadie le amarga un dulce”, así que la oportunidad que me da ahora *Rethinking History* no es desdeñable, aunque sea a un nivel de “*paper* autobiográfico” más que autobiografía propiamente dicha.

Yo creo que es este un ejercicio interesante y relevante para el historiador: indagar en las propias raíces intelectuales, la formación familiar, las convicciones religiosas, si existen, y como interaccionan con el ejercicio historiográfico; intentar tomar un poco de distancia, como buenos historiadores, de nuestro propio objeto y ver hasta qué punto nos han influido otros historiadores y tendencias; acometer una tarea retrospectiva para examinar que nada haya perturbado la honestidad a la que antes he hecho referencia. Por tanto, desde mi punto de vista, la autobiografía también tiene ese efecto terapéutico de la posibilidad de reexaminar la propia actividad y ver si se puede mejorar. Otra cosa es que el pudor nos haga discernir

cuáles de estas realidades deseamos hacer públicas o no, pero para esto los historiadores han utilizado diversos estilos autobiográficos. Yo pude localizar seis, tal como están expuestos en mi libro: humanístico, biográfico, monográfico, egohistórico, postmoderno e intervencional. Lo interesante de esos estilos autobiográficos es que, en buena medida, se identifican con los estilos propiamente históricos de sus autores, por lo que experimenté que esos historiadores-autobiógrafos proyectaban su metodología histórica en sus escritos autobiográficos. Por ejemplo, recuerdo el estupor de mis colegas de la crítica literaria cuando, en un seminario, les dije que Eric Hobsbawm – un típico exponente de la “autobiografía monográfica” – había incluido notas a pie de página en su autobiografía (*Interesting Times*, 2002) [*Años interesantes*, 2003], algo que contraviene a ese género literario pero que concordaba perfectamente con su percepción científica de la historia.

Si escribiera su autobiografía, ¿qué incluiría como elementos influyentes en su itinerario académico y en sus elecciones profesionales?

Bueno, yo creo que voy a hacer girar este ensayo en torno a la idea de un historiador desde los márgenes. El propio Peter Burke me comentó que es desde los márgenes desde donde ha surgido siempre la creatividad. No creo que sea ese mi caso, porque me considero un historiador bastante convencional, pero sí que es cierto que siempre he arrastrado una cierta sensación de moverme en los márgenes de la disciplina, empezando por el esfuerzo que tuve que hacer durante mi carrera por reaccionar frente a un marxismo por aquel entonces hegemónico, pero que a mí no me satisfacía por su reduccionismo.

Creo que, primero, me ha influido mucho estar en un país como España, que siendo un país tan fascinante y teniendo una historiografía tan rica, nunca ha estado en las grandes tradiciones que siempre se citan. Yo creo que con rigor y con justicia, la alemana, la francesa, la británica, la norteamericana (me ponga como me ponga en mi orgullo de español y catalán) me parece que son las cuatro historiografías que han pesado más (el adjetivo “relevante” es el que quizás cuadra mejor aquí), al menos en la historiografía occidental. Por tanto, mi tradición nacional ha sido en cierta medida marginal, y eso se me hace también evidente cuando participo en los grandes foros historiográficos globales.

En segundo lugar, provengo de una tradición católica que aprecio y procuro cultivar. Es evidente que el catolicismo no es una religión que haya estado en el nervio central de la historiografía, aunque obviamente ha tenido grandísimos historiadores también, empezando por el originalísimo Christopher Dawson o la siempre sugerente Jill Conway. A este respecto, me gustaría profundizar, aunque no he podido hacerlo hasta este momento, hasta qué punto (o no), las convicciones

religiosas influyen (o no) en la historia que creamos. Aconsejo, en este sentido, visitar el artículo de Brad S. Gregory, “No Room for God? History, Science, Metaphysics, and the Study of Religion” (2008: 495-519).

Por mi parte, no creo en que se pueda hablar de una “filosofía cristiana” o una “historia cristiana”, sino más bien de cristianos que hacen filosofía e historia. Pero sí arguyo que, de un modo misterioso que todavía no he sabido discernir, una determinada convicción religiosa puede influir en el modo de hacer historia, sin deteriorar necesariamente su estatuto científico. Defender una neutralidad absoluta de lo religioso – como en lo ideológico o lo político – me parecería demasiado ingenuo, o pondría de manifiesto un conocimiento demasiado rudimentario de la complejidad de la operación histórica. En mi caso, por ejemplo, es obvio que eso se *puede* reflejar en que mi pasión por conocer la doctrina cristiana en sus fuentes primarias (suelo leer frecuentemente las epístolas de San Pablo, que me parece una fuente inagotable de sabiduría, y otros escritos de los autores cristianos de la Antigüedad, sobre todo Agustín y Gregorio Magno) me puede haber llevado a una mejor comprensión de la Edad Media. O puede haberse concretado también en la elección de algunos de mis temas, particularmente el de las autocoronaciones reales, lleno de simbologías religiosas y rituales litúrgicos. Pero me parece mucho más misterioso hasta qué punto las convicciones religiosas pueden contribuir a generar o consolidar esas pre-asunciones metahistóricas a las que se refirió con tanta clarividencia Hayden White en su *Metahistory* (1973) [Metahistoria, 1992], de las que ningún historiador creo que pueda estar a salvo – y el que cree estarlo, o dice estarlo, quizás es el que más está expuesto a ellas.

La pregunta por tanto no sería *si* las convicciones religiosas influyen en la labor histórica, sino *cómo* lo hacen. Además, esta misma pregunta habría que hacerla para las asunciones teóricas (como el postmodernismo o las teorías de género), los compromisos ideológicos (como el marxismo o el liberalismo) o los partidismos políticos (como el nacionalismo). En este sentido, creo que conviene separar los ámbitos religioso, teórico, ideológico y político. Creo que todos ellos influyen de un modo u otro en la labor del historiador, pero como se refieren a ámbitos de la realidad tan diferentes, es preciso aproximarlos de modo diverso, respetando su diversa naturaleza – aunque lógicamente se generen interconexiones entre ellos o, lo que es peor, confusiones de planos, como cuando una religión se convierte en ideología o una teoría se desnaturaliza en una ideología. A mí me sigue sorprendiendo cuando los críticos no son capaces de distinguir claramente esos cuatro planos.

El otro gran aspecto que me interesa mucho en cuanto a mi indagación personal es que mi formación está muy marcada por el marxismo. En los años 80s, cuando estudié la carrera en España, el marxismo era absolutamente preponderante

y hegemónico. Quizás esa misma sobrecarga ideológica fue la que me llevó a intentar romper el cascarón y buscar nuevas fórmulas, y esto me hizo un historiador nunca complaciente con las corrientes intelectuales, tendencias historiográficas o compromisos ideológicos que tenía alrededor. Y, desde luego, me ha generado una aversión muy marcada contra lo políticamente correcto, simplemente porque siempre que detecto que hay una “opinión por mayoría”, me esfuerzo en autoconvencerme si eso lo hago o lo digo porque lo hacen o lo dicen los demás, o hay realmente una argumentación racional impecable detrás. Siempre me ha parecido bastante sintomático de mi propio talante algo contestatario, que yo decidiera no iniciarme en el tabaco por la simple argumentación de que casi todos los demás de mi clase sí lo hicieron cuando teníamos 14-15 años, y yo preferí no sumarme a la mayoría.

¿Consideraría inscribir su autobiografía como parte del itinerario intelectual de toda una generación de historiadores españoles, o dentro de un contexto mayor?

Creo que en mi caso han pesado mucho las dos, la española (y dentro de ella, la catalana) y la internacional, y así he procurado fomentarlo. La generación de historiadores españoles que estaban por encima de la mía, los que habían nacido por tanto en los años 1930-40s, tenían una formación muy sólida heurísticamente hablando y, al mismo tiempo, estuvieron muy influidos por el marxismo. Sólo recuerdo un profesor que reaccionó virulentamente frente a esa hegemonía, y que ha sido después un claro referente para mi formación como medievalista y como historiador: José Enrique Ruiz-Domènec. Yo creo que mi generación (los nacidos en los 1960-70s), reaccionó contra el marxismo (o al menos se distanció de él). Por tanto, desde esa perspectiva, yo me debo al contexto específicamente español, porque si hubiera estudiado en Francia o Inglaterra me hubiera metido ya de lleno en otras tendencias que habían superado por aquellos mismos años al marxismo, como la historia de las mentalidades o la nueva historia cultural – a las que llegué más tardíamente, pero entonces con un gran entusiasmo. Al mismo tiempo, mi contacto con la historiografía francesa me llegó de modo natural por mi hermano mayor, Martin Aurell, que es desde hace muchos años catedrático en ese país, ahora profesor en Poitiers, y con las historiografías inglesa y norteamericana he tenido también una estrecha relación gracias a mis estancias en Cambridge, Berkeley, UCLA y Stanford. Me podría extender mucho también en el intenso efecto que tuvo para mí la historiografía específicamente catalana, que es muy intensa y apasionada. Es la misma pasión que he experimentado después en los países hispanoamericanos que he tenido la fortuna de visitar. Esa pasión por la historia es la que he vivido desde pequeño en Cataluña. Nunca se me ha olvidado la nutrida biblioteca de mis abuelos, llena de clásicos de la antigüedad y de la modernidad, tanto en literatura como en historia. Y, al mismo tiempo, esa apertura al exterior me ha ayudado mucho a tener el otro pilar bien asentado, que es la historiografía más internacional.

En ciertas ocasiones usted mencionó que la historiadora Gabrielle Spiegel había sido un modelo a seguir para usted. ¿De qué manera?

Yo creo que, en efecto, Spiegel me ha influido mucho. Ella tiene una formación muy europea. Es belga de origen, pasó su infancia en Bélgica y sus padres, de origen judío, tuvieron que huir a Estados Unidos con los nazis pisándoles los talones. Con la madre de habla francesa y el padre de habla alemana, tuvo que familiarizarse desde muy pronto en la escuela con el inglés – ¡es natural que en su autobiografía intelectual advirtiera que el “giro lingüístico” no sólo le afectó teórica sino también prácticamente! Esa ambivalencia europea-norteamericana, que tantas

alegrías ha dado a la historiografía (me vienen a la cabeza inmediatamente Ernst Kantorowicz o Peter Gay), también se muestra en la elección de sus temas, que son básicamente historia francesa. Desde mi punto de vista, esta dualidad la ha configurado como una intelectual que ejerce de puente entre las dos tradiciones a uno y otro lado del Atlántico, por lo que su postura historiográfica me atrajo de inmediato. Aprecio en ella el modo clarividente de enfocar la historia, su ponderado equilibrio entre la teoría y la práctica, y también el hecho de que se haya dedicado a un tema que siempre me ha apasionado que es el de la historiografía medieval. Siempre aconsejo la lectura de su *The Past as Text* (1997).

A raíz de una invitación a la Universidad de Navarra en el año 2000, empecé a hablar mucho con ella y, por suerte, he podido mantener ese contacto, como lo he hecho con Robert A. Rosenstone y Peter Burke, otros de los historiadores que han influido sin duda más en mi trabajo. Rosenstone es uno de los fundadores de *Rethinking History*, junto a su amigo Alun Munslow, y es un incesante modelo de inquietud innovadora, como se aprecia en su magnífico *Mirror in the Shrine*, de 1988, que es una aproximación imaginativa a la biografía que fue toda una revelación en su momento y sigue siendo una inspiración para muchos de nosotros. Burke, por su parte, me parece un enorme ejemplo de honestidad intelectual y de curiosidad universal, dos cualidades que para mí han supuesto una llamada continua a no aburguesarme en la tarea del historiar. Este pasado mes de noviembre (2019) he tenido la oportunidad de volver a coincidir con él, con motivo de su nombramiento como *Honoris Causa* por la Universidad de Oviedo. Me volvió a sorprender su genuino interés por mis temas de investigación, la pasión con que vive la historia, la profundidad de sus preguntas, el grado de detalle de sus comentarios, la generosidad de sus consejos – algo que ya había experimentado durante la larga gestación de *Comprender el pasado*, cuando nos reuníamos los cuatro autores en la British Library.

También nombró a Duby entre sus modelos a seguir, ¿de qué modo? ¿Qué otros referentes académicos podría citar?

Desde luego para mí Duby ha sido el ejemplo máspreciado como medievalista, siempre ha sido un espejo del modo de proceder en historia. De él intenté aprender el modo de organizar el trabajo, a través de los grandes ciclos que marcan las monografías: marcarse un tema en vistas a los siguientes ocho o diez años sobre el que finalmente uno puede sacar una monografía con lo mejor que puede dar de sí. Y, entonces, cambiar, no radicalmente quizá de perspectiva y de tema, pero sí buscar ese nuevo rumbo que a uno no le permita nunca aburguesarse y vivir

de los laureles de lo que ha hecho.

Duby, aunque sólo le pude saludar en una memorable ocasión en Barcelona con motivo de una conferencia que dictó sobre *El Mediterráneo* (un tema tan braudeliano), ha sido como un faro para mí en cuanto al proceso de hacer historia, la aproximación interdisciplinar y el cuidado de la narración. A él tendría que añadir obviamente a Jacques Le Goff. No puedo dejar de citar aquí la divertida contraposición, en términos medievales, que hizo de ellos Peter Burke en su clarividente análisis de la historia de los Annales: “Me pregunto qué clase de carrera hubieran seguido esos dos hombres si hubieran vivido en la Edad Media que se han pasado tantos años estudiando. Puedo imaginarme perfectamente a Duby como un abad de una importante abadía benedictina, mientras que veo a Le Goff como un fraile dominico, combinando clases y debates en una universidad con viajes de predicación en cualquier lugar”. Más adelante, Burke declaró que prefería identificar a Le Goff con los Franciscanos que con los Dominicos. Cuando fue preguntado por ello, respondió que el estilo igualitario de Le Goff le acercaba más a San Francisco que a Santo Tomás. Bueno, fueran un abad de monasterio de formas aristocráticas o un apasionado mendicante universitario, todos los medievalistas sabemos lo que les debemos. Yo, en particular, además de lo mencionado, es que con su apuesta por la “historia de las mentalidades”, me proveyeron una tendencia como para poder sustituir con suficientes garantías de éxito una tendencia como el marxismo, que a mí no me satisfacía en absoluto.

Aparte de Duby y Le Goff, y de los mencionados en la anterior pregunta (Spiegel, Burke y Rosenstone), añadiría también otros dos nombres. Mi hermano Martín ha influido mucho en mí. Es el hermano mayor de seis, una familia numerosa en la que yo soy el quinto y por tanto nunca he llevado tanto peso encima de mis hombros como él. Me lleva algunos años, pero él me ha ayudado mucho a lo que es propiamente el oficio del medievalista. Es una persona muy formada en las tradiciones más sólidas del medievalismo francés, y además tiene muchísima perspicacia en la elección de los temas y en el desarrollo de las metodologías. También me gustaría citar a José Enrique Ruiz Domènec. Como ya he indicado, era un medievalista que, siendo de una generación superior a la mía, supo reaccionar ya desde el principio frente al marxismo. Él abrió en España en buena medida el camino de la historia de las mentalidades, la historia cultural y la historia intelectual. Admiro su solidez heurística, su cosmopolitismo académico, su versatilidad teórica y su insobornable apuesta por la interdisciplinariedad.

En los ámbitos académicos, hay un porcentaje elevado de historiadores posicionados del lado de la tradición, que para la fundamentación de los trabajos históricos siguen los parámetros tradicionales, los cuales incluyen la premisa de que White anula toda distinción entre historia y literatura. Frente a esto, usted afirma que Hayden White recupera la reflexión epistemológica para la historia, ¿cuáles serían los alcances y los límites del legado de White para los historiadores en la actualidad?

Ese recelo, aunque no lo comparto, es bien comprensible. Sin embargo, siempre he defendido que Hayden White es una figura verdaderamente relevante en el decurso de la historiografía occidental. Lo digo por dos motivos que voy a distinguir en esta respuesta: por una parte (la activa), su condición de historiador verdaderamente revolucionario que generó unas ideas que han tenido un enorme influjo; por otra parte (la pasiva), sin buscarlo demasiado (porque era un hombre que estaba mejor en la sombra que bajo los focos), su obra y las ideas que él mismo generó, o contribuyó a generar, se convirtieron pronto en un icono de una transformación que se operó en la historiografía durante los años setenta y ochenta del siglo XX, que aglutinamos en torno al híbrido concepto de *postmodernismo*.

En el primero de esos ámbitos, siempre que me hacen esta pregunta sobre la relevancia de White, animo a los historiadores a que accedan a él a través de las *fuentes primarias*, como debe hacer todo historiador: especialmente su *Metahistory* (1973) [*Metahistoria*, 1992], pero también su *Tropics of Discourse* (1978) [*Trópicos del discurso*, 2019], *The Content of the Form* (1989) [*El contenido de la forma*, 1992], *Figural Realism* (1999) y *The Fiction of Narrative* (2010). Este es el deber que tenemos todos los historiadores cuando nos interesamos por un tema – procurar acceder directamente a las fuentes primarias en lugar de argumentar basándonos en las secundarias. Cuando se le lee a White con atención, se aprecia su sólida formación, no solo en la propia historiografía (porque no olvidemos que él se formó en el medievalismo y estuvo “picando piedra” en los archivos del Vaticano durante muchos años) sino también porque tiene una formación filosófica intensa, densa y extensa, basada sobre todo en la filosofía alemana y anglo-norteamericana. Por tanto, en su figura se aúna muy bien la persona del que practica la teoría y la práctica histórica al mismo tiempo. Y animo, decía, a leerlo para comprender bien que él no está diciendo que historia y literatura sean lo mismo, sino que historia y literatura coinciden *formalmente* (porque las dos son narraciones) pero difieren en el contenido. Los historiadores se dedican intencionadamente a crear historias referenciales, mientras que los literatos parten de unas narraciones ficcionales (aunque obviamente él es el primero en reconocer las continuas interacciones que se dan entre ambas actividades).

Precisamente por esta continua interacción, White arguye que los historiadores nos basamos en fuentes necesariamente referenciales, pero luego escribimos lo que surge de nuestras inferencias intelectuales, fruto de las conexiones que hacemos con nuestra imaginación; pero sin embargo seguimos siendo historiadores y nuestra intención es que nuestros escritos no sean ficcionales. Por la parte de la literatura, los autores imaginativos saben que por muy ficcionales que sean sus personajes y sus contextos, si no son realistas, si no cuentan historias verosímiles, sus obras no atraerán la atención de la gente. Yo siempre pongo el mismo caso, porque es una literata que me apasiona. La literatura de Carmen Martín Gaité (1925-2000), dentro de su cotidianeidad, atrapa al lector porque ella es capaz de generar personajes extraordinariamente realistas: uno se siente identificado con sus problemáticas, con sus pasiones, con sus obsesiones, con sus grandezas también, con sus limitaciones; pero todos ellos son obviamente ficcionales – aunque, significativamente, ella reconoció que todos ellos tenían un fondo real, y los diarios recogidos en sus *Cuadernos de Todo* publicados post-mortem en 2002, así lo revelan. Me parece muy significativo que ella se empeñara en hacer el doctorado en historia, que terminó ya siendo ella bastante mayor, y que versó sobre los “usos amorosos de la España del siglo XVIII”. Es esa dosis de realismo, lo que hace de Martín Gaité, y de tantos otros literatos, algo grande y atractivo.

El segundo aspecto es el influjo más “pasivo”, el del Hayden White como icono. Hay muchísima gente en estos últimos cincuenta años que ha escrito cosas interesantísimas sobre teoría de la historia. Pero es verdad que Hayden White ha gozado de una gran capacidad de abrir nuevos caminos, lo que le ha garantizado el reconocimiento de los críticos. A la historia, como a cualquier otra disciplina, le gusta tener bien localizados a sus “héroes fundadores”, aquellos que han plantado los árboles bajo los que nos hemos refugiado los que hemos venido después. Heródoto lo fue para la historia generalmente considerada, Eusebio para la historia eclesiástica y la hagiografía, Guicciardini para la historia urbana, Voltaire para la filosofía de la historia, Michelet para el romanticismo, Ranke para la historia científica, Carlo Ginzburg para la microhistoria, Natalie Z. Davis para la historia narrativa y el propio White para el postmodernismo, por poner algunos ejemplos. La gran teoría del *héroe fundador*, a la que se han referido críticos literarios como Northrop Frye, también funciona para la historia de la historiografía. Es verdad que White se basa en la generación inmediatamente anterior de filósofos analíticos de la historia como Arthur Danto, y al mismo tiempo bebió de unas fuentes riquísimas de autores provenientes de la crítica literaria como Northrop Frye y Erich Auerbach, y filósofos hermenéuticos como Paul Ricoeur y Michel de Certeau. Por tanto, como todos los historiadores verdaderamente influyentes, fue muy respetuoso de la

tradición, pero estoy persuadido de que abrió un camino que sigue siendo transitable, y que se le puede leer todavía con mucho provecho, teórico y práctico.

IV. EL ROL DEL HISTORIADOR EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

¿Qué es lo que lo motivó a escribir un texto de divulgación como *Genealogía de Occidente* (2017), dirigido a un público no especializado?

Me parece que los historiadores nunca debemos perder nuestra conciencia social. Esta conciencia social algunos la limitan exclusivamente a activismo político o a un compromiso ideológico; yo creo que eso es un error. Nuestro necesario compromiso con la sociedad puede concretarse de ese modo, pero muchos historiadores que no poseemos el carisma necesario para dedicarnos a la política, o al activismo social, pensamos que el mejor modo de mantener nuestro compromiso es hacer de vez en cuando un esfuerzo por escribir obras que puedan llegar a un público mayor y que incidan en problemas que nos parece que es importante solucionar. Mi modelo en este particular es sin duda Tony Judt.

Genealogía de Occidente surgió de la trepidación y el desasosiego que me causó el Brexit. Una vez que pude reflexionar con más calma, pensé: “qué es lo que puedo hacer yo como historiador para alertar a la sociedad de que Europa no puede dejar de mirar algo tan grande como su propia tradición (¡que es la mía propia!). Mi pretensión no era exclusivista, yo no quería o no quiero decir “la historia de Occidente es la mejor” o que “Occidente sigue siendo hegemónico”, etc. Mi mensaje era más bien: ¿por qué no cada tradición, cada gran tradición, hace un esfuerzo por reconocerse mejor en su historia? Sea la tradición latinoamericana, la tradición hindú, la tradición china, la tradición japonesa, la tradición norteamericana, o algunas tradiciones más específicas de Europa, da igual: cualquiera que sea, lo importante es hacer ese esfuerzo por ahondar en las propias

raíces.

Además, enfatizar en la grandeza de la tradición de Occidente no excluye la perspectiva necesariamente multicultural, multirreligiosa y multiétnica en que se ha convertido nuestro mundo global. Pero ese mundo multicultural y multiétnico es bueno que se pregunte también por sus raíces específicas, para no caer en un irenismo vacío. Por tanto, me parecía (y me sigue pareciendo) esencial ese ejercicio auto-reflexivo para despertar las conciencias de una Europa dormida, que no conoce suficientemente su propia historia y sus propias raíces, y por tanto no las valora suficientemente, con el consecuente problema de escasa auto-estima y excesiva auto-punición. Además, a mí me gustaría leer (probablemente existan, pero yo todavía no las he encontrado), una genealogía de la civilización china, una genealogía de la civilización hindú, una genealogía de la civilización sionista, una genealogía de la civilización latinoamericana: alguien que se lance a realizar ese esfuerzo de síntesis que yo propuse para la civilización occidental, ahondando en las raíces comunes de los países latinoamericanos, por ejemplo. La conciencia de una historia común – por contraste de lo (desgraciadamente) habitual, que es enfatizar las diferencias y lo específico – contribuye a fortalecer los vínculos y por tanto en ese sentido el esfuerzo habrá valido la pena, aunque uno se aleje por un tiempo de sus investigaciones de archivo o sus especulaciones teóricas, como fue mi caso.

Yo ahora tengo en mente escribir un libro, que podría titularse aunque todavía no lo he decidido, *Elogio de la Edad Media*, para que la gente perciba un poco la parte positiva, siempre oscurecida tras los malentendidos renacentistas, ilustrados, románticos y postmodernos – cuatro capas de presbicia acumulada, ni más ni menos. Todas las épocas tienen sus aspectos positivos y negativos, pero los medievalistas estamos especialmente fatigados de que todo el mundo se refiera a la Edad Media, sistemáticamente, como algo negativo, grotesco o cruel. A mí no me importará en este caso enfatizar mucho lo positivo, aún a riesgo de perder la ponderación, porque lo negativo, en este caso, ya se enfatiza por sí solo. En fin, supongo que cuando me ponga a escribirlo encontraré el tono adecuado.

Para finalizar este Diálogo, Profesor Aurell: usted, como historiador de la equidistancia y los consensos, que aun así no elude la crítica al *status quo* imperante, y que asume la problemática de visitar el pasado posicionado desde “la arista cortante de la innovación” del presente, para brindar respuestas y dejar planteados interrogantes, ¿qué preguntas y respuestas, a su criterio, estaría buscando y/o necesitando,

la sociedad contemporánea por parte de un historiador?

Gran pregunta. A mí me duele mucho que los historiadores hayan dejado de influir en el debate público y en la tarea de asesorar a políticos, agentes sociales y empresarios. Como se sabe bien, los historiadores fueron un elemento esencial desde la época de Pericles hasta prácticamente los grandes estadistas europeos de posguerra como Adenauer, Churchill y De Gaulle. Estos estadistas (qué palabra más esencial, que parece perdida para siempre), tenían mucho aprecio y mucha estima por la historia y, por tanto, por los historiadores. De hecho, me gusta volver de vez en cuando a la autobiografía de Richard Pipes (*Vixi*, 2003), que fue uno de los últimos historiadores a quien un gran gobernante ha acudido como asesor. Ronald Reagan se dirigió a él para solucionar los problemas que venían del Este de Europa durante los años previos a la caída del Muro de Berlín. Pipes era un polaco-norteamericano que hizo un gran trabajo en eso, y en sus memorias cuenta maravillosamente bien el esfuerzo que tuvo que hacer para trasladarse de su bohemio despacho en Harvard al ascético recoveco que le asignaron en la Casa Blanca, cuyo mobiliario se reducía prácticamente a una mesa con dos bandejas. A la izquierda, la bandeja “in”, sobre la que cada mañana se encontraba los expedientes colocados por el funcionario de turno la noche anterior. A la derecha, la bandeja “out”, donde él debía colocar los expedientes trabajados durante ese día, que debían ser recogidos por el mismo funcionario por la tarde, para no detener la cadena de decisión hasta llegar al Presidente. La maquinal tarea de decidir “sí” o “no” había sustituido a su matizada labor académica, siempre entre el “sí” y el “no” – la diferencia entre políticos e intelectuales, que deben finalmente aprender a complementarse y ayudarse unos a otros, si quieren de verdad servir a la sociedad.

Me cuesta encontrar nuevos historiadores que hayan influido de este modo en los últimos treinta años. Quizá otro historiador que para mí encarna perfectamente la pregunta que me hacéis, y que es un verdadero modelo en esa dirección, es el británico Tony Judt. Influyó mucho en la tercera vía británica y en el camino de la socialdemocracia, tan típicamente europea, a medio camino entre el individualismo liberal y el colectivismo autoritario. Me parece que es otro ejemplo magnífico de como los historiadores pueden contribuir a dotar de *posibilismo* a los políticos. Porque muchas veces los políticos dan recetas que ya se han dado, que se ha sabido dónde han ido a parar, donde se ha fallado o también dónde se ha acertado.

Sostengo que el historiador nunca puede constituirse en un juez, porque eso sería una injusticia tan grande como condenar a una persona aplicándole una ley que ya no está vigente. Tampoco el historiador puede predecir el futuro, porque no puede decir seguro que algo que ha pasado en el pasado ahora se repetirá, porque

eso no se sabe. Pero, desde luego, su experiencia debe ser tenida en cuenta en mayor medida por los políticos y en general por la sociedad. Y él debe poner lo que pueda de su parte, no solo para ayudar a hacer de esas recetas algo posibilistas, sino también para contribuir a percibir la complejidad del mundo, y lo difícil que es gobernar sin caer en recetas simples. Por eso yo desconfío de historiografías e ideologías que están basadas solo en un aspecto: el aspecto político del poder o el aspecto solo económico, o el aspecto social, o el aspecto étnico, o el aspecto de clase, o el aspecto de género. Es verdad que, habitualmente, tenemos que especializarnos y afrontar un aspecto concreto de la historia, pero nunca podemos absolutizarlo y limitar la riqueza y complejidad de la historia a eso.

Y otra cosa en la que puede contribuir la historia es en percibir qué aspectos del pasado se han ido repitiendo con el tiempo y qué aspectos del pasado han sido verdaderamente singulares. Porque esto ayuda mucho a tener un equilibrio entre tradición e innovación que creo que es muy importante en las sociedades contemporáneas.

Todo este esfuerzo por estar más realistamente comprometidos con la sociedad no sólo puede beneficiar a esa sociedad, sino que, paradójicamente, también tendrá un beneficio para la disciplina histórica misma, al hacerla más realista y consciente de la responsabilidad de su función.

En ese sentido, ¿qué cree que sea consecuencia de qué? ¿El historiador se fue apartando de los gobiernos por seguir una investigación propia o los gobiernos dejaron de hacer caso a los historiadores por seguir con ciencias sociales como la sociología, la estadística, la economía?

Yo creo que la responsabilidad es equidistante: los historiadores – impelidos por los progresivos y concomitantes procesos de profesionalización y especialización – fuimos perdiendo la capacidad de generar relatos que atrajeran la atención de la audiencia, y por tanto de los políticos, entregándonos cada vez más a nuestro lenguaje jergal. Y los políticos, por su parte, se dejaron deslumbrar por las ciencias sociales, porque es verdad que, sobre todo la sociología, la comunicación y la ciencia política, les proporcionan el hoy y ahora. Pero solo con el hoy y el ahora a la sociedad no le basta, porque necesita la experiencia del pasado y la esperanza del futuro. Las ciencias sociales conducen necesariamente al presentismo, y esto no debería extrañarnos porque ese es precisamente su objeto. Pero su tarea no es suficiente para gobernar las sociedades. En este sentido creo que han fallado las dos

direcciones: los políticos por dejar de confiar en los historiadores y los historiadores por no haber sabido ganarse esa confianza. Los historiadores, por lo que a nosotros respecta, debemos hacer un ejercicio continuo de responsabilidad y de saber buscar nuevas fórmulas para también ser escuchados y ser leídos, o ser vistos o ser seguidos en las redes sociales. El reciente debate sobre el *practical past*, propiciado precisamente por el tardío Hayden White, recordando al interesante filósofo Michael Oakeshott, da algunas de las claves sobre esta cuestión. Ojalá nos ayuden a avanzar en la dirección adecuada.

¿Qué rol debería jugar un profesional de la historia de cara a la complejidad del mundo actual?

En efecto, como el historiador es el que mejor conoce esa complejidad, se convierte en un interlocutor esencial para comprenderla. Su labor es clave para asesorar a quienes tienen responsabilidad en la sociedad, no solo los gobernantes sino también a los empresarios. Cada uno debe encontrar las fórmulas que le parezcan más apropiadas para desarrollar esa tarea. En mi caso, como sabéis, tengo el honor (y la responsabilidad) de dirigir El *Instituto Empresa y Humanismo*, de mi universidad, fundado a mediados de los años 1980s por unos insignes filósofos de mi universidad (Alejandro Llano, Rafael Alvira y Juan Antonio Pérez López, entre otros) y algunos empresarios de mucho peso en España, entre los que destacaría a Luis María de Ybarra y Oriol y a Enrique de Sendagorta Aramburu. Las actividades del Instituto pretenden fomentar el diálogo entre la sociedad civil (empresarios y políticos) y la academia (humanistas e intelectuales) y se preocupa por difundir, más que las humanidades, el humanismo en la empresa.

El rol social de los historiadores debería contribuir a generar un diálogo con los agentes de la sociedad civil – no sólo los políticos y empresariales, sino también los de pequeñas y medianas asociaciones – para colaborar con ellos a no simplificar la realidad, a no etiquetar a las personas o instituciones, a resolver los grandes conflictos, a no cerrarse al diálogo, y a saber ir a las raíces de los grandes problemas para atajarlos mejor. Esto contribuiría a que no tomaran decisiones apresuradas o cortoplacistas, lo que les hará más eficaces a largo plazo en su difícil tarea de gobernar una sociedad. Finalmente, con nuestra experiencia en este Instituto, nos hemos dado cuenta de que este diálogo constructivo no sólo beneficia a políticos y empresarios, sino también a los propios académicos, dotándonos de un mayor posibilismo y convirtiendo a nuestros escritos en algo más realista, más comprensible, más adecuado para nuestras audiencias.

V. BIBLIOGRAFÍA

JAUME AURELL

Libros

- Aurell, J. (2020). *Medieval Self-Coronations: The History and Symbolism of a Ritual*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Aurell, J. *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos* (2017). València: Publicacions Universitat de València.
- Aurell, J. (2016). *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies: From Documentation to Intervention*. New York: Routledge.
- Aurell, J. (2016). *La historiografía medieval. Entre la historia y la literatura*. València: Universitat de València.
- Aurell, J., Balmaceda, C., Burke, P. y Soza, F. (2013). *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal.
- Aurell, J. (2012). *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Aurell, J. (2008). *Tendencias historiográficas del siglo XX*. Santiago de Chile: Globo Editores.
- Aurell, J. y Puigarnau, A. (1998). *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*. Barcelona: Omega.
- Aurell, J. (1996). *Els mercaders catalans al quatre-cents. Mutació de valors i procés d'aristocratització a Barcelona (1370-1470)*. Lleida: Pagès.

Edición Libros

- Aurell, J. and Davis, R. G. (eds.) (2019). *History and Autobiography: The Logics of a Convergence*. Themed issue in *Life Writing* 16: 4.
- Aurell, M., Aurell, J. et Herrero, M. (eds.) (2018). *Le Sacré et la parole: Le serment au Moyen Âge*. París: Garnier.
- Aurell, J., Miceli, A. and Herrero, M. (eds.) (2017). *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe. Discourses, Rites, and Representations*. Turnhout: Brepols.
- Aurell, J. (ed.) (2017). *Rethinking Historical Genres in the Twenty-First Century*. London: Routledge.
- Aurell, J. (ed.) (2012). *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas*. Barcelona: Base.
- Aurell, J. and Pavón, J. (eds) (2009). *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. 2. National Traditions*. Turnhout: Brepols.
- Aurell, J. and Davis, R. (eds.) (2009). *Academic Autobiography and/in the Discourses of History* (Special Issue *Rethinking History*, 13: 1).
- Aurell, J., Davis, R. G. and Delgado, A. B. (eds.) (2007). *Ethnic Life Writing and Histories*. Berlin: Lit Verlag.
- Aurell, J. and Crosas, F. (eds.) (2005). *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*. Turnhout: Brepols Publishers.
- Aurell, J. (ed.) (2002). *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*. Pamplona: Ediciones Eunsas.
- Aurell, J. y Pavón, J. (eds.) (2001). *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*. Pamplona: Ediciones Eunsas.

Capítulos de libros

- Aurell, J. (2020). Identity as a Historiographical Concept. In Sabaté, F. (ed.). *Identity in Middle Ages*. Amsterdam-Leeds: Amsterdam University Press - ARC Humanities Press.
- Aurell, J. (2019). Ramon Muntaner I la tradició autobiogràfica de la crònica catalana medieval. En Aguilar, J. A., Martí, S. i Renedo, X. (eds.) (2019). *Dits, fets i veres veritats. Estudis sobre Ramon Muntaner i el seu temps*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 115-136.
- Aurell, J. (2018). El pasado histórico y el pasado práctico: entre el arqueologismo y el presentismo. En Corti, P., Moreno, R. y Widow, J. L. (eds.) (2018). *La utilidad de la historia*. Gijón: Trea, 13-26.
- Aurell, J. (2018). Charles III of Navarre's Oath and Coronation. Et Aurell, M. (ed.). *Le sacré et la parole: le serment au Moyen Age*. Paris: Garnier, 227-249.

- Aurell, J. (2017). Pirenne, Braudel, Duby: Visiones del Mediterráneo histórico. En Torres Sánchez, R. (ed.). *Studium, Magisterium et Amicitia. Homenaje al Profesor Agustín González Enciso*. Pamplona: Eunat, 593-602.
- Aurell, J. (2017). Nicolás de Oresme (1323-1382): una introducción bio-bibliográfica. En Tursi, A. (trad.). *Tratado sobre el origen y la naturaleza, el derecho y los cambios de las monedas, Nicolás de Oresme*. Pamplona: Cuadernos Empresa y Humanismo, 9-14.
- Aurell, J. (2017). La práctica de las autocoronaciones reales. Análisis histórico e implicaciones simbólicas. En AA. VV. *El acceso al trono: concepción y ritualización*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 283-298.
- Aurell, J. and Aurell, M. (2017). Introduction. In Aurell, J., Miceli, A. and Herrero, M. (eds.). *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe: Discourses, Rites, and Representations*. Turnhout: Brepols, 9-22.
- Aurell, J. (2017). The Self-Coronation of Frederick II: A Non-sacred Consecration. In Aurell, J., Miceli, A. and Herrero, M. (eds.). *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe: Discourses, Rites, and Representations*. Turnhout: Brepols, 245-266.
- Aurell, J. (2016). Lecturas modernas y postmodernas de la edad media: entre el mito y el academicismo. En Caspistegui, F. J. y Peiró, I. (eds.). *Jesús Longares Alonso: el maestro que sabía escuchar*. Pamplona: Eunsa, 69-90.
- Aurell, J. (2016). Sociedad civil medieval. En Biasini, A. y Vigna, C. (eds.). *Etica dell'economia. Idee per una critica del riduzionismo económico*. Napoli: Orthotes Editrice, 135-148.
- Aurell, J. (2015). Las autobiografías de historiadores: la autopercepción de la tarea del historiador. En Corti, P., Moreno, R. y Widow, J. L. (eds.). *¿Qué hace el historiador al historiar?*. Viña del Mar: Altazor, 25-35.
- Aurell, J. (2015). Percy Ernst Schramm (1894-1970): the Symbols of Power and the Power of Symbols. In Pavón, J. (ed.). *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. III. Political Theory and Practice*. Turnhout: Brepols, 27-46.
- Aurell, J. (2015). Antiquarianism over Presentism. Reflections on Spanish Medieval Studies. In Fugelso, K., Ferré, V. and Montoya, A. C. (eds.). *Studies in Medievalism XXIV: Medievalism on the Margins*. Woodbridge: Boydell & Brewer, 115-137.
- Aurell, J. (2015). Strategies of Royal Self-fashioning: Iberian Kings' Self-coronations. In Delbrugge, L. (ed.). *Self-Fashioning and Assumptions of Identity in Medieval and Early Modern Iberia*. Leiden: Brill, 18-45.

- Aurell, J. (2014). La recepción de *Metahistoria*: de la retórica a la ética. En Bolaños de Miguel, A. (ed.). *Metahistoria: 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden White*. Madrid: Siníndice, 25-58.
- Aurell, J. (2014). Auto-incoronazioni in Castiglia e Aragona (secolo XIV): il decisivo scontro tra temporale e spirituale. In Baumgärtner, I. Vagnoni, M. and Welton, M. (eds.). *Representations of Power at the Mediterranean Borders of Europe (12th – 14th Centuries)*. Firenze: Sismel – Edizioni del Galluzzo, 65-81.
- Aurell, J. (2014). La cultura en la Europa del siglo XIII: visiones retrospectivas y agendas historiográficas. En *La cultura en la Europa del siglo XIII. Emisión, intermediación y audiencia*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 13-26.
- Aurell, J. (2014). Lecturas históricas del Compromiso de Caspe (1412). En Peña González, J. y Rodríguez de la Peña, M. A. (eds.). *Iglesia, Guerra y Monarquía en la Edad Media: Miscelánea de estudios medievales*. Madrid: CEU ediciones, 195-206.
- Aurell, J. (2014). Memoria dinástica y mitos fundadores: la construcción social del pasado en la edad media. En Dacosta, A., Prieto Lasa, J. R. y Díaz de Durana, J. R. (eds.). *La conciencia de los antepasados. La construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media*. Madrid: Marcial Pons, 303-334.
- Aurell, J. (2013). La autobiografía como historia no-convencional, La reconstrucción del historiador-autor. En Palos, J-L y Sánchez-Costa, F. (eds.). *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 239-258.
- Aurell, J. (2013). Spinoza's Political Theology in Context: Dutch Democratic Republicanism and Radical Enlightenment. In Bento, A. and Silva Rosa, J. M. (eds.). *Revisiting Spinoza's Theological-Political Treatise*. Hildesheim: Olms, 13-35.
- Aurell, J. (2012). Le Livre des faits de Jacques Ier d'Aragon (1208-1276): entre la chronique historique et la fiction autobiographique. In Monnet, P. and Schmitt, J-C. (eds.). *Autobiographies souveraines*. Paris: Publications de la Sorbone, 159-178.
- Aurell, J. (2012). Els discursos del poder: la funció política de la historiografia medieval. En Sabaté, F. (ed.). *L'Edat Mitjana. Món real i espai imaginat*. Catarroja – Barcelona: Afers, 135-147.
- Aurell, J. (2012). La recreació historiogràfica de l'edat mitjana: de la desmitificació humanística a la remitificació postmoderna. En Sabaté, F. (ed.), *L'Edat Mitjana. Món real i espai imaginat*. Catarroja – Barcelona: Afers, 269-282.
- Aurell, J. (2011). La historiografia sobre Jaume I. En *Jaume I: Commemoració del VIII centenari del naixement de Jaume I*. Volum 1. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 707-714.
- Aurell, J. (2010). Medieval Historiography and Mediation: Bernat Desclot's Representations of History. In Maxwell, R. (ed.). *Representing History, 1000-1300: Art, Music, History*. Princeton: Princeton University Press, 91-108.

- Aurell, J. (2009). Modern Medievalism and National Traditions. In *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. II. National Traditions*. Turnhout: Brepols, 9-13.
- Aurell, J. (2009). Reading Renaissance Merchants' Handbooks: Confronting Professional Ethics and Social Identity. In Ehmer, J. and Lis, C. (eds.). *The Idea of Work in Europe from Antiquity to Modern Times*. Surrey: Ashgate, 71-90.
- Aurell, J. (2009). El texto histórico como relato autobiográfico. En Barros, C. (ed.), *Historia a Debate III, Tomo I. Reconstrucción*. La Coruña: Historia a Debate, 311-324.
- Aurell, J. (2009). Tendencias colectivas y grandes historiadores en la historiografía. En Barros, C. (ed.). *Historia a Debate III, Tomo I. Reconstrucción*. La Coruña: Historia a Debate, 457-467.
- Aurell, J. (2009). La caballería de las ciudades marítimas de la Península Ibérica. En Cardini, F. (ed.). *Cavalieri e città: atti del III convegno internazionale di studi, Volterra, 19 - 21 giugno 2008*. Pisa: Ospedaletto, 25-40.
- Aurell, J. (2008). Los grandes relatos, el fin de la historia y la historiografía reciente. En Corti, P., Moreno, R. y Widow, J. L. (eds.). *El fin de la historia*. Viña del Mar: Altazor, 13-26.
- Aurell, J. (2006). La función social de la memoria. En Alvira, R., Ghiretti, H. y Herrero, M. (eds.). *La experiencia social del tiempo*. Pamplona: Eunsa, 149-170.
- Aurell, J. (2006). El lenguaje mercantil y los códigos sociales identitarios. En García Bourrellier, R. y Usunáriz, J. M. (eds.). *Aportaciones a la historia social del lenguaje. España, Siglos XIV-XVIII*. Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 129-148.
- Aurell, J. (2005). Introduction. Medievalism and Medievalists in the Twentieth Century. En Aurell, J. y Crosas, F. (2005). *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*. Turnhout: Brepols, 3-22.
- Aurell, J. (2005). Postface. En Olábarri, I. y Caspistegui, F. J. (eds.). *The Strength of History at the Doors of the New Millenium: History and the Other Social and Human Sciences along the 20th Century*. Pamplona: Eunsa, 507-529.
- Aurell, J. (2005). Historia, Filosofía, Ciencias Sociales: estrategias disciplinares en el siglo XX. En Corti, P., Moreno, R. y Widow, J. L. (eds.). *Historia. El sentido humano del tiempo*. Viña de Mar: Altazor, 164-173.
- Aurell, J. (2003). La mutación de los valores profesionales, de las sociedades tradicionales a las contemporáneas. En Herrero, M. (coord.). *Sociedad de trabajo y sociedad del conocimiento en la era de la globalización*. Madrid: Pearson, 83-99.
- Aurell, J. (2002). La transversalidad de la historia de la muerte en la Edad Media. En Aurell, J. y Pavón, J. (eds.). *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*. Pamplona: EUNSA, 9-26.

- Aurell, J. (2002). La impronta de los testamentos bajomedievales: entre la precariedad de lo corporal y la durabilidad de lo espiritual. En Aurell, J. y Pavón, J. (eds.). *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*. Pamplona: EUNSA, 77-94.
- Aurell, J. (2002). El Mediterráneo medieval y renacentista: la formación de una cultura mercantil específica. En Aurell, J. (ed.). *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*. Pamplona: EUNSA, 9-32.
- Aurell, J. (2002). Dos espacios mercantiles antagónicos en el Cuatrocientos: Barcelona y Florencia. En Aurell, J. (ed.). *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*. Pamplona: EUNSA, 75-101.
- Aurell, J. (2000). Historiografía y nacionalismo en la Cataluña contemporánea (1830-1960). En *El siglo XX: Balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Valencia: Fundación Cañada Blanch, 7-17.
- Aurell, J. (2000). El universo mercantil bajomedieval: una propuesta metodológica a través de la documentación notarial. En AA.VV. *Sociedad, culturas e ideologías en la España Bajomedieval*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 33-43.
- Aurell, J. (2000). Poder y Monarquía. Juan de París: De la potestad real y papal. En Escolà, M. B. (ed.). *Idees de poder*. Barcelona: INEHCA, 125-141.
- Aurell, J. (2000). Elits urbanes i organització espacial a la Barcelona baixmedieval. En *V Congrés Internacional d'Història Local de Catalunya. L'Estructuració Territorial de Catalunya. Els eixos cohesionadors de l'espai*. Barcelona: L'Avenç, 367-379.
- Aurell, J. (1999). La moral de trabajo en la Barcelona mercantil bajomedieval. En Ferrer i Mallol, M. T. y Coulon, D. (eds.). *L'expansió catalana a la Mediterrània a la baixa edat mitjana*. Barcelona: CSIC, 1-14.

Artículos:

- Aurell, J. and Davis, R. G. (2019). History and Autobiography: The Logics of a Convergence. *Life Writing* 16 (4), 503-511.
- Aurell, J. (2019). Da historiografia medieval à contemporânea: o problema da referencialidade. *Roda da Fortuna* 8 (2), 9-22.
- Aurell, J. (2018). Rethinking History's Essential Tension: Between Theoretical Reflection and Practical Experimentation. *Rethinking History* 22, 439-458.
- Aurell, J. (2018). Writing Beyond Time: The Durability of Historical Texts. *History and Theory* 56, 50-70.
- Aurell, J. (2017). La mediación eclesiástica en las coronaciones de Bizancio y sus implicaciones simbólicas. *Byzantion Nea Hellàs* 36, 137-156.

- Aurell, J. (2017). Biography and Autobiography Between Tradition and Innovation: The Year in Spain. *Biography* 40, 664-671.
- Aurell, J. (2017). L'ego-histoire en perspective: réflexions sur la nature d'un projet historiographique ambitieux. *Cahiers de civilisation médiévale* 61, 125-137.
- Aurell, J. (2016). Jacques Le Goff: la revitalisation de la culture politique. *Cahiers de civilisation médiévale* 59, 235-244.
- Aurell, J. (2015). O Novo Medievalismo e a interpretação dos textos históricos. *Roda da Fortuna* 4 (2), 184-208.
- Aurell, J. (2015). Making History by Contextualizing Oneself: Autobiography as Historiographical Intervention. *History and Theory* 54, 244-268.
- Aurell, J. (2015). Rethinking Historical Genres in the Twenty-First Century. *Rethinking History* 19 (2), 145-157.
- Aurell, J. (2015). La Universidad en la Edad Media. Reflexiones sobre la identidad de sus orígenes y su continuidad histórica. *Revista Empresa y Humanismo* 18, 141-151.
- Aurell, J. (2014). The Self-Coronations of Iberian Kings: A Crooked Line. *Imago Temporis* 8, 151-175.
- Aurell, J. (2014). Textos autobiográficos como fontes historiográficas: relendo Fernand Braudel e Anne Kriegel. *História* 33 (1), 340-364.
- Aurell, J. and Serrano-Coll, M. (2014). The Self-Coronation of Peter the Ceremonious (1336): Historical, Liturgical, and Iconographical Representations. *Speculum* 89, 66-95.
- “Los lenguajes de la historia: entre el análisis y la narración”, *Memoria y Civilización. Anuario de Historia* 15 (2012): 301-317.
- Aurell, J. (2009). Northrop Frye y la revolución historiográfica finisecular. *Rilce* 25 (1), 125-137.
- Aurell, J. (2009). Performative Academic Careers: Gabrielle Spiegel and Natalie Davis. *Rethinking History* 13 (1), 53-64.
- Aurell, J. (2009). Benedetto Croce and Robin Collinwood: Historiographic and Humanistic Approaches to the Self and the World. *Prose Studies* 31, 214-226.
- Aurell, J. (2008). Tendencias recientes del medievalismo español. *Memoria y Civilización* 11, 63-103.
- Aurell, J. (2008). Del Logocentrismo a la Textualidad : la Autobiografía académica como intervención historiográfica. *Edad Media, Revista de Historia* 9, 193-222.
- Aurell, J. (2008). La Chronique de Jacques Ier, une fiction autobiographique. Auteur, auctorialité et auctorité au Moyen Âge. *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 63, 301-318.

- Aurell, J. (2006). El Nuevo Medievalismo y la interpretación de los textos históricos. *Hispania. Revista Española de Historia* LXVI, 809-832.
- Aurell, J. (2006). Autobiographical Texts as Historiographical Sources: Rereading Fernand Braudel and Annie Kriegel. *Biography* 29 (3), 425-445.
- Aurell, J. (2006). Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia. *Anuario Filosófico* 39, 625-648.
- Aurell, J. (2006). A Secret Realm: Current Trends in Spanish Medieval Studies. *JEGP: A Journal of English and Germanic Philology* 105, 61-86.
- Aurell, J. (2006). Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author. *Rethinking History: Journal of Theory and Practice* 10, 433-449.
- Aurell, J. (2005). From Genealogies to Chronicles. The Power of the Form in Medieval Catalan Historiography. *Viator* 36, 235-264.
- Aurell, J. (2005). La médiévisique espagnole au XXe siècle: de l'isolationnisme à la modernisation. *Cahiers de civilisation médiévale* 48, 201-218.
- Aurell, J. (2004). Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente. *Rilce* 20, 3-20.
- Aurell, J. (2004). Medievalismo y medievalistas en el siglo XX. *Anuario de Historia de la Iglesia* 13, 383-386.
- Aurell, J. (2004). La projecció de la imatge historiogràfica catalana. *L'Espill* 18, 175-179.
- Aurell, J. (2003-2004). De Benedetto Zaccaria a Ricard Guillem: miradas historiográficas hacia los mercaderes medievales. *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras* XLIX, 421-432.
- Aurell, J. (2002). *Élites sociali e categorie professionali nella Barcellona del Quattrocento*. *Quaderni Medievali* 54, 131-148.
- Aurell, J. (2001). Merchants' Attitudes to Work in the Barcelona of the later Middle Ages: Organisation of working space, distribution of time and scope of investments. *Journal of Medieval History* 27, 197-218.
- Aurell, J. (2001). La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la Renaixença al Noucentisme (1830-1930). *Historia Contemporánea* 16, 257-288.
- Aurell, J. (2001). La liturgia en la Edad Media. *Memoria y Civilización* 4, 243-251.
- Aurell, J. (2000). Historiadores "románticos" e historiadores "científicos" en la historiografía catalana contemporánea: nacionalismo historiográfico y revisionismo generacional. *Memoria y Civilización* 3, 237-273.
- Aurell, J. (2000). Culture marchande et culture nobiliaire à Barcelona au XVe siècle. *Revue Historique* 613, 33-53.

- Aurell, J. (1999). El desarrollo de la historiografía del Mediterráneo medieval a lo largo del siglo XX: el análisis de un espacio político, comercial y cultural. *Revista d'Història Medieval* 10, 269-280.
- Aurell, J. (1998). Asseto urbano e gerarchizzazione sociale nella Barcellona del Quattrocento. *Medioevo. Saggi e Rassegne* 22, 55-92.
- Aurell, J. (1998). La Barcelona mercantil i les repúbliques comercials italianes (segles XIV-XVI): un estudi comparatiu. *Pedralbes* 18 (I), 293-301.
- Aurell, J. (1997-1998). La imagen del mercader medieval. *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* XLVI, 23-44.
- Aurell, J. (1996). La mentalitat professional dels mercaders de la Barcelona del segle XV: la funció dels escriptors. *Estudis Històrics i Documents dels Arxius de Protocols* XIV, 205-228.
- Aurell, J. (1996). L'esperit capitalista a la Catalunya premoderna. *Pedralbes* 16, 165-185.
- Aurell, J. y Puigarnau, A. (1995). Iconografía a les llars mercantils del segle XV. Mentalitat, estètica i religiositat dels mercaders a Barcelona. *Anuario de Estudios Medievales* 25, 295-331.
- Aurell, J. (1994). Els inventaris *post mortem* i la cultura dels mercaders medievals. *Mediaevalia* 11, 107-121.
- “El procés de sedentarització dels mercaders barcelonins al segle XV”, *Anuario de Estudios Medievales*, 24 (1994): 49-65.
- Aurell, J. (1993-1994). Vida privada i negoci mercantil a la Barcelona baixmedieval. *Acta Mediaevalia* 14-15, 219-241.
- Aurell, J. i Rubiés, J-P. (1993). Els mercaders catalans i la cultura, de l'edat mitjana al renaixement. *Anuario de Estudios Medievales* 23, 221-255.
- Aurell, J. (1992). Espai social i entorn físic del mercader barceloní. *Acta Mediaevalia* 13, 253-273.

VI. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Auerbach, E. (1946). *Mimesis: Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*. Berna: Francke AG. Verlag.
- Auerbach, E. (1950). *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aurell, M. (1995). *Les noces du Comte: mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*. Paris: Publications de la Sorbonne.
- Bakhtin, M. (1981). *Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press.
- Bakhtin, M. (1986). *Problemas literarios y estéticos*. La Habana: Editorial Arte y literatura.
- Balthasar, H. U. Von (1985-1989). *Gloria. Una estética teológica (1-7)*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Bloch, M. (1924). *Les rois thaumaturges*. Strasbourg: Publications de la Faculté des Lettres.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la Historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, M. (1988). *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica
- Bloom, H. (1994). *The Western Canon: The Books and School of the Ages*. New York: Harcourt Brace & Company.
- Bloom, H. (2005). *El Canon Occidental*, Barcelona: Anagrama.
- Braudel, F. (1949). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Paris: Librairie Armand Colin.
- Braudel, F. (1953). *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chiffolleau, J. (1980). *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge (vers 1320-vers 1480)*. Roma: École Française de Rome.
- Conway, J. K. (1995). *True North: A Memoir*. New York: Vintage Books.
- Conway, J. K. (2017). *El Verdadero Norte*. Madrid: Rialp.
- de Lubac, H. (1988). *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Duby, G. (1991). *L'Histoire continue*. Paris: Odile Jacob.
- Duby, G. (1992). *La historia continúa*. Madrid: Debate.
- Evans-Pritchard, E. E. (1940). *The Nuer: a description of the modes of livelihood and political institutions of a Nilotic people*. London: Oxford University Press.
- Evans-Pritchard, E. E. (1977). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Frye, N. (1957). *Anatomy of Criticism. Four Essays*. Princeton: Princeton University Press.
- Frye, N. (1977). *Anatomía de la crítica. Cuatro ensayos*. Caracas: Monte Avila.

- Gaddis, J. L. (2002). *The Landscape of History*. New York: Oxford University Press.
- Gaddis, J. L. (2004). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona: Anagrama.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Gilson, É. (1952). *El espíritu de la filosofía medieval*. Buenos Aires: Emecé.
- Gregory, B. S. (December 2008). No Room for God? History, Science, Metaphysics, and the Study of Religion. *History and Theory*. 47 (4), 495-519.
- Guldi, J., & Armitage, D. (2014). *The History Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Guldi, J., y Armitage, D. (2016). *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza.
- Gumbrecht, H. U. (2004). *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*. Stanford: Stanford University Press.
- Hobsbawm, E. J., (2002). *Interesting times: a twentieth-century life*. London: Allen Lane.
- Hobsbawm, E. J., (2003). *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hughes-Warrington, M. (2018). *History as Wonder: Beginning with Historiography*. London: Routledge.
- Huizinga, J. (1919). *Herfsttij der Middeleeuwen*. Haarlem: Tjeenk Willink.
- Huizinga, J. (1924). *The Waning of the Middle Ages*. London: Edward Arnold & Co.
- Huizinga, J. (1930). *El otoño De La Edad Media*. (2 Vols.). Madrid: Revista de Occidente.
- Jay, M. (2005). *Songs of Experience. Moderns American and European Variations of a Universal Theme*. Berkeley: University of California Press.
- Judt, T. (2005). *Postwar: a history of Europe since 1945*. New York: Penguin Press.
- Judt, T. (2006). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Judt, T. (2015). *Cuando los hechos cambian*. Barcelona: Taurus.
- Judt, T., Homans, J. (Ed.) (2015). *When the Facts Change: Essays, 1995-2010*. New York: Penguin Press.
- Kantorowicz, E. (1985). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza.
- Kantorowicz, E. (1957). *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*. Princeton: Princeton University Press.
- Kantorowicz, E. H. (1946). *Laudes regiae: a study in liturgical acclamations and mediaeval ruler worship*. Berkeley: University of California Press.
- Kuhn, T. S. (1957). *The Copernican Revolution*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kuhn, T. S. (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. S. (1977). *The Essential Tension: Selected Studies in Scientific Tradition and Change*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S. (1978). *La revolución copernicana: la astronomía planetaria en el desarrollo del pensamiento occidental*. Barcelona: Ariel.

- Kuhn, T. S. (1982). *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Kuukkanen, J.-M. (2015). *Postnarrativist philosophy of historiography*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, New York: Palgrave Macmillan.
- Le Goff, J. (1996). *Saint Louis*. Paris: Gallimard.
- Martín Gaité, C., Calvi, M. V. (Ed.) (2002). *Cuadernos de todo*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Menocal, R. (2002). *The Ornament of the World: How Muslims, Jews, and Christians Created a Culture of Tolerance in Medieval Spain*. Boston: Little Brown and Company.
- Menocal, R. (2003). *La joya del mundo: musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en "al-Andalus"*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Pihlainen, K. (2017). *The Work of History: Constructivism and a Politics of the Past*. New York: Routledge.
- Pipes, R. (2003). *Vixi: Memoirs of a Non-belonger*. New Haven and London: Yale University Press.
- Ratzinger, J. (2001). *El espíritu de la liturgia*. Madrid: Ediciones Cristiandad. Herrero, M. (2015). *The Political Discourse of Carl Schmitt: A Mystic of Order*. Lanham: Rowman & Littlefield International.
- Rosenstone, R.A. (1988). *Mirror in the Shrine: American Encounters with Meiji Japan*. Cambridge (Massachusetts) and London: Harvard University Press.
- Scott, J. W. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Amelang, J. y Nash, M. (Eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea* (23-58). Institució Alfons el Magnànim: Valencia.
- Scott, J. W. (December 1986). Gender: A Useful Category of Historical Analysis. *The American Historical Review*. 91 (5), 1053-1075.
- Spiegel, G.M. (1997). *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Stone, L. (1986). El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia. En Stone, L. (Ed.). *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica, 95-120.
- Stone, L. (1979). The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History. *Past & Present* 85, 3-24.
- Thompson, E. P. (1963). *The Making of the English Working Class*. London: Victor Gollancz.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Turner, F. J. (1894). *The significance of the frontier in American history*. Madison: State Historical Society of Wisconsin.
- Turner, F. J. (Enero-Abril 1987). El significado de la frontera en la historia americana. *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales* 7, 187-207.
- Turner, V. (1967). *The forest of symbols: aspects of Ndembu ritual*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- White, H. (1973). *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.

- White, H. (1978). *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.
- White, H. (1987). *The Content of the Form*. Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma: narrativa discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- White, H. (1992). *Metahistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, H. (1999). *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- White, H. (2010). *The Fiction of Narrative: Essays on History, Literature, and Theory, 1957–2007*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- White, H. (2019). *Trópicos del discurso. Ensayos sobre crítica cultural*. Buenos Aires: Prometeo.
- Wood, G. S. (2008). *The Purpose of the Past: Reflections on the Uses of History*. New York: Penguin Press.

